

Cualquier cosa, menos quietos

universo **centro**

Número 78 - Agosto de 2016 - Distribución gratuita | www.universocentro.com



4

Circular tour

10

El gran León

12

Lustrar la perla

14

Diccionario periódico

18

Sacha

24

Los monstruos dobles

27

B.D.S.M.



UC universocentro

DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

EDITOR

– Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora Meléndez

– Guillermo Cardona

– Alfonso Buitrago

– David E. Guzmán

– Andrés Delgado

– Anamaría Bedoya

– María Isabel Naranjo

– Paula Camila O. Lema

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

DISTRIBUCIÓN

– Erika, Didier, Daniel y Gustavo

CORRECCIÓN

– Gloria Estrada

ASISTENTE

– Sandra Barrientos

Es una publicación mensual de la

Corporación Universo Centro

Número 78 - Agosto 2016

20.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

W W W . U N I V E R S O C E N T R O . C O M

Buses

Ruta de ascenso

por CAMILO JARAMILLO

Los pasajeros habituales estiran la mano con avidez y suben al bus con desgano. Añoran el torniquete como un mal necesario para volver a la casa, llegar al trabajo o cumplir la cita acordada, pero temen el tedio incómodo del recorrido, los olores y paisajes que ensucian las ventanillas y la rutina.

Universo Centro ha decidido enviar cuatro pasajeros a rutas ajenas a sus afanes. Su tarea era descubrir choferes y vendedores de confites, encontrar lomas y curvas inesperadas, husmear conversaciones y contar tiempos como si fueran despachadores. Pasajeros raros, con los cinco sentidos en la travesía y sus compañeros de viaje, pasajeros que oyen y toman nota en el mundo de los distraídos. El mapa de sus recorridos muestra el zapatico que traza el Circular Sur, el peregrinaje de los turistas encumbrados en el Turibus, las escaladas y descolgadas de quienes llegan hasta lo alto del 13 de Noviembre y el rechinar de acordeón del Metroplús. Sigán hacia atrás, sigán. La registradora no devuelve.

Fotografías: Juan Fernando Ospina
Sergio González



El sol. Es como una condena: cada vez que voy al barrio 13 de Noviembre hace un calor de incendio. Un sol que se mete por todas partes y que a los únicos que parece no molestar es a los vagabundos. Estoy en la calle Miranda, entre El Huevo y Niquitao. Tomo un microbús verde de la empresa Cootransmallat, ruta 106, rumbo arriba, arriba, al morro.

En esta parada, punto de arranque, se venden por igual Bon Ice que crispetas. Las crispetas bajo el sol tienen un sabor a chicle, terrible. Le pago mil pesos al conductor y me siento en la banca de atrás. A mi derecha, un muchacho lee un periódico popular que detalla venganzas pasionales mientras una señora, al frente, le dice a otra: “Dios lo ve todo, Dios lo ve todo”. Es miércoles y es agosto y es mediodía, y —¿ya lo dije?— hace sol.

Partimos. Serpenteamos por calles del Centro hasta llegar al Parque de Boston. En la 56, frente a la institución educativa Alfonso López Pumarejo, el ambiente se torna denso. Montones de niños y adolescentes que salen del colegio se suben a la micro y la llenan hasta la última orilla. La llenan hasta estrechar, vaya usted de pie o sentado. La llenan hasta odiar un poco la adolescencia y sus faldas a cuadros y sus hormonas vibrantes. La llenan hasta mascarullar, pegado al vidrio, la palabra hijueputa.

Y sin embargo, hay cierta familiaridad de ruta conocida, de camino diario. Señoras que comentan sobre enfermedades de hogar, salsaludos por los parlantes, choferes que dejan que algunos escolares no paguen. Al ser la única ruta que sube hasta la parte alta del 13 de Noviembre, en la Comuna 8 de Medellín, no queda de otra que encariñarse con la 106.

Nada nuevo bajo el sol, dirá usted, en una ciudad de lomas y buses llenos. Y razón tiene excepto por algo: las últimas cuerdas, empinadísimas, entre la Plazoleta 13 de Noviembre y la parada final, que llaman El Plan. Es decir, entre la carrera 23 y la 18. Una prueba de fuerza para los nervios y los motores. Una falda-falda, que sobrepasa los veinte grados de inclinación y que no más al comenzar hace que los guardapolvos de las llantas rechinen contra el pavimento.

Y allá vamos. Dos metros de subida y el motor se apaga, con lo duro que es volver a encender un carro así. Allá vamos. “Una cosa es saber manejar y otra, enfrentarse a estas lomas”, me dirá un chofer más tarde. Allá vamos. Algunos taxistas temerosos, sobre todo si el motor del carro se alimenta con gas, prefieren no acometer la verticalidad del Valle de Aburrá. Pero no los conductores de esta empresa, que llevan más de treinta años en estas y que comenzaron con unas camionetas Dodge que partían de la Oriental atiborradas de gente. Allá vamos.

A la mitad de la cuadra hay una curva que impide ver, a los que suben, quién baja. O lo que es igual: a los que bajan quién sube. En estas calles estrechas del 13 de Noviembre —un barrio de doce mil habitantes con una sola vía de acceso—, que dos carros grandes se encuentren significa que alguno tendrá que retroceder; casi siempre, el que sube. Por eso, en ese punto está El Gafis, vestido de pantaloneta, chaleco reflectivo, zapatos de cuero sin medias, gorra de los Lakers. Pero lo más importante: con su paleta de Pare y Siga.

La historia es así: una mañana, hace poco más de tres meses, El Gafis se levantó, salió de su casa —ubicada al borde de la curva, en la calle 56HG con la 19—, pasó la calle, barrió la acera y sin pensarlo mucho comenzó a hacer señas con

las manos para darle vía a los carros que subían y detener a los que bajaban, evitando trancones. A sus 28 años, estaba cansado de andar sin un peso, caminar sin destino, y se le ocurrió, de un momento a otro, convertirse en *pareysigador*.

Javier, El Gafis, había visto este trabajo un par de cuadras más arriba, en la parte más peliaguda de la loma, sector conocido como Tres Esquinas. Los contratistas que adelantaban las obras del Camino de la Vida —un sendero ecológico que circunda el cerro Pan de Azúcar— habían tenido que contratar personal que controlara el tráfico; de lo contrario se armarían atascos de nunca acabar y los carros con material de construcción tardaban horas. Al ver esto, El Gafis se dijo: Yo puedo hacer lo mismo. Consiguió como pudo una paleta de Pare y Siga y un chaleco viejo, y ahí está.

Pasamos por su lado y lo saludo desde la ventanilla. El Gafis vive de las monedas que los conductores le dan por su loable oficio, pero aún así nada impide que ocasionalmente se generen trancones. Como hoy, 18 de agosto, que el alcalde subió con su comitiva a revisar las obras del metrocable, línea M, a la que vienen trabajándole desde hace más de un año. O como cuando pasa el carro de la basura, los miércoles y sábados; o como cuando un conductor es bisoño y no sabe orillarse contra la acera. Entonces se escucha la peor frase para los pasajeros en esta ruta: “Bájense que no hay subida”.

Y usted dirá: pero si solo falta una cuadra, escasos trescientos metros, cuál es el problema. Y le digo: súbala. Súbala caminando. Súbala bajo el sol enemigo. Ándeale. Sienta el lambetazo de fuego en la nuca, la presión en los muslos. Lo dicen muchos por aquí: podrán traer el metrocable hasta Tres Esquinas —donde se construye la estación que por ahora parece una nave espacial sin

terminar—, pero solo por esta cuadra, entre Tres Esquinas y El Plan, muchos seguirán tomando la micro de siempre.

“Es que es por esta cuadra —me dice Héctor Duque, el conductor que más lleva viniendo hasta aquí— que se entiende mejor la razón de ser de esta ruta”. Una cuadra en la que se han desgranado camiones del gas, de la gaseosa, de la leche, alguna volqueta. “Pero nada grave, ningún muerto”. Pendiente que representa bien la historia de este barrio; es decir, resistencia: a la geografía, al olvido de las instituciones. Barrio donde más del 95 por ciento de la población es de estrato uno, con zonas como El Pacífico todavía sin agua potable. Área que por muchos años fuera de invasión, hasta un 13 de noviembre —algunos dicen que del 78 y otros que del 81— en que luego de peleas con la policía los habitantes lograron declarar su victoria y reafirmar su residencia en tierra.

Súbala, ándeale, y al fin estará arriba: El Plan, última parada. Mire el reloj y verá que solo han pasado 18 minutos de esta odisea mínima, esta obviedad para los habitantes del barrio. En El Plan todo es tranquilo: una frutería, un par de billares, hasta dos señoras que esperan adormecidas a quien regarle sus cartillas de ¡Despertad!. Pero ya que está aquí —que estamos— termine de subir y recorra el Pan de Azúcar, ese cerro tutelado de Medellín a 2.138 metros sobre el nivel del mar. Mire la ciudad allá abajo, respire. Sienta el frío después del sol. Tan solo no se deje coger mucho de la tarde, porque si hay algo más difícil que subir eso es bajar. Y más si llueve. Lo saben todos los conductores de la ruta 106 de Cootransmallat: subir es una penitencia en comparación con el vértigo de bajar en estas lomas, con el piso mojado y la visión reducida. Eso sí, parece, es una aventura. ©

Circular tour

por DAVID E. GUZMÁN



Por la forma que tiene su recorrido es conocida como la ruta del zapato. O al menos así la llamaban en mayo del 82 cuando el Circular Sur hizo su aparición en las calles de Medellín. Desde entonces su trayecto se ha conservado intacto. Hoy lunes 22 de agosto lo estoy esperando sobre la avenida 80 con carrera 51, barrio Cristo Rey. Son las 6:03 de la tarde y por el otro lado de la avenida pasan semivacios y veloces dos Circulares Sur 302, uno detrás del otro. Cuatro minutos después aparece mi bus, el Circular Sur 303. Viene repleto, en medio del taco que en horas pico suele formarse en este lado de la 80. Los que esperan conmigo en el paradero se rehúsan a subir. En el abordaje solo me acompaña un obrero de tula al hombro. Primero sube él y yo quedo colgado de la puerta, con la espalda al viento. La capacidad de estos buses es de 50 pasajeros, 35 sentados y 15 de pie, pero calculo que en este viaje somos unos 65.

Tras cruzar el puente de la 80 sobre la avenida Guayabal puedo adentrarme un poco pero mi pelvis aún está lejos de tocar el molinete de la registradora. En El Rodeo una valiente mujer bogotana se acerca al bus y me toca pedirle al obrero que se mueva para que ella alcance a subir. “La registradora no devuelve”, le advierte el conductor a una señora que pretende bajar por la puerta de adelante. A empellones, con su bolso como armadura, la señora se abre campo como puede, atraviesa el bus y desciende por la puerta trasera. El zarrandeo libera espacios y no solo logro pasar la registradora sino que ocupo el asiento que dejó la señora, el del copiloto, al lado del conductor. En tres minutos pasé de ser un paria en peligro a ser la segunda autoridad del vehículo.

A las 6:17, bajo una salsa romántica insoponible, llegamos a las clínica Las Américas, uno de los 56 paraderos oficiales de esta ruta en sus 20.6 kilómetros de recorrido. El bus sigue lleno pero la gente ya no sufre de apiñamiento. Le pregunto al conductor cuántos pasajeros le caben al bus y me responde que unos 80 “bien arrumaitos”. Según datos de la Corporación de Transportadores de Antioquia (Cotransa), empresa que administra el Circular Sur 303, la ruta moviliza 25.300 pasajeros al día. Leopoldo Gutiérrez, empleado de Cotransa, asegura que la 303 maneja uno de los mejores IPK (índice de pasajeros por kilómetro) de Medellín, un indicador de productividad del sistema de transporte público.

El timbre comienza a sonar más a menudo y el bus a desocuparse. A las 6:34 llegamos a la Villa de Aburrá con unos pocos pasajeros de pie, y dos minutos después quedan libres cuatro asientos. A diferencia de un bus de Robledo, por ejemplo, que se llena en el Centro y queda vacío en el barrio o viceversa, esta ruta se va llenando y desocupando durante todo el circuito. De repente un pasajero se acerca al conductor y le dice que le faltaron diez mil pesos de devuelta; temeroso estira su mano con 8.100 pesos y jura que había pagado con un billete de veinte. El conductor lo mira sin despegar las manos de la cabrilla, merma la velocidad, se esculca los bolsillos y sin chistar le entrega los diez mil pesos. En ese momento pasamos por el Éxito de Laureles, el puerto de salida y llegada del Circular Sur 303. Desde este punto despachan los 448 viajes diarios que hacen los 57 buses de la ruta y es donde, por lo general, los pasajeros son sometidos al famoso trasbordo que tanto detestan los viajeros habituales.

Al no tener un destino final, el trasbordo en las rutas Circular Sur 302 y 303 es necesario después de que los conductores completan tres circuitos seguidos, o cuando deben acicalar el bus, tanquear, desayunar, almorzar, entrar al baño o cuando terminaron sus siete u ocho viajes del día. El trasbordo del Circular Sur 302, administrado por Autobuses El Poblado, se realiza en la Plaza de la América. Ambas rutas, 302 y 303, son gemelas que a principios de los ochenta estaban a cargo de Cotransa pero a mediados de esa misma década se dividieron; aunque desde entonces son manejadas por empresas distintas siem-

pre han cumplido el mismo recorrido, en sentido contrario: la 303 lo hace como las manecillas del reloj mientras que la 302 va hacia la izquierda. Entre las dos movilizan 40 mil pasajeros al día.

Como la 303 evita en un 80 por ciento que haya trasbordos en horas pico seguimos de largo por el Éxito de Laureles. En la cara de algunos pasajeros, cansados y hambrientos, puede verse la felicidad. A las 6:43 el bus baja veloz por la calle San Juan con 17 pasajeros y 18 asientos libres. “¡Señoor!”, grita una doña para que el bus le pare en la 70. Entramos al Centro bordeando el parque de los Pies Descalzados y a la altura del Sena quedamos siete pasajeros. La velocidad permitida para un bus urbano es de 60 kilómetros por hora —30 en zona estudiantil—, pero como un bolido pasamos el deprimido de Villanueva y agarramos con fuerza la avenida Oriental. En una parada breve, donde sobrevivimos cuatro gatos, el conductor conversa de bus a bus con un colega de ruta. Es muy común que dos o más vehículos se encuentren durante el recorrido pues la frecuencia de salida es de cada dos minutos. Atravesamos la Oriental en un volión y a las 7:06 llegamos a Almacentro. Ahora somos 14 pasajeros y el conductor va comiendo una barrita de tamarindo de mil pesos que pidió a domicilio en una chaza junto a la parada que corresponde a la iglesia de San José.

A las 7:11 transitamos la avenida Las Vegas y pasamos por Ciudad del Río. Antes de cada semáforo se forman pequeños trancones pero el tráfico fluye de tal manera que a las 7:15 llegamos al Politécnico donde sube una buena cantidad de personas. “¿Me permite trabajar

si es tan amable?”, le dice al conductor un muchacho con una mochila en el pecho. Me imagino que va a vender algo pero anuncia que va a cantar *Un beso y una flor* de Nino Bravo. Sin ayuda de guitarra ni nada empieza a cantar a capela. El bus ya está en marcha con 24 pasajeros. El muchacho canta delgadito, como para no hacer mucha bulla; deja desvanecer la voz como le cantaría un padre que no sabe cantar a su hijito para que se quede dormido. “Para todos ustedes”, dice el cantarín, “gracias al señor conductor por permitirme llevarles esta canción”. Todo parece un chiste. La gente enternecida le da monedas y recoge 1.600 pesos. Desde que sale el primer Circular Sur a las 4:10 de la mañana hasta el último, que despachan a las 9:30 de la noche, los viajes son amenizados por una gran variedad de artistas: raperos, ciegos románticos al estilo José Feliciano, jipis de canción protesta, salseros. Es célebre un trovador de bigote y sombrero que improvisa según los pasajeros: les va dedicando versos y piropos que hacen reír hasta al más aburrido.

A las 7:25 anclamos en Eafit con 30 pasajeros a bordo y se suben otros veinte. Entre ellos, un vendedor de galletas Rondalla y paqueticos de Mini Snack de caramelo. Dos unidades por quinientos pesos, cinco a mil. Por su timidez, pinta y seseo parece recién llegado del campo. Los Mini Snack me caben en la palma de la mano y no me resisto a su compra. En los Circulares Sur se pueden surtir los amantes de las papelerías y las golosinas: CDs, lapiceros, borradores, revistas escolares y naturistas, gomitas, chicles, mentas masticables, chocolatinas. Y hay varios tipos de vendedor: el parco que simplemente pasa por los puestos, anuncia precios y agradece; el retador que con un poco de resentimiento hace un llamado a la cultura y educación del pasajero para exigirle que, como mínimo, le reciba la mercancía y considere su compra; los que despiertan lástima con su discurso o descubriéndose una cicatriz en el abdomen o en un pie, y los carretudos profesionales que dicen hacer parte de un grupo de comerciantes con contactos en las fábricas de dulces y empiezan su sermón diciendo, “en el día de hoy vengo a ofrecerles unos ricos y provocativos...”, como si cada día tuvieran un producto novedoso para sorprender a los pasajeros. También están los malencarados que piden cualquier moneda por los confites o las estampitas religiosas y dicen que prefieren vender algo a estar atracando en las calles.

En Eafit aborda una chica con un violín en su estuche y en un intento por esquivar a una abuela termina por golpear a dos señores. Ninguno se queja. Ya somos 50 pasajeros, y antes de agarrar la glorieta de la Aguacatala suben más ciudadanos. A las 7:33 cruzamos el río Medellín con el bus abarrotado y en la primera parada de la 80, a punto de completar mi circuito, el conductor advierte que la registradora no devuelve. Me entra un pánico tremendo porque no me acordaba y sigo en la parte delantera. Decido empezar mi travesía por el pasillo, pegado del tubo, rozando a todo el mundo y pidiendo permiso. Escucho que la chica del violín le pide a una pasajera sentada que si por favor se lo lleva. Avanzo y cuando coronó la parte de atrás una señora me pide que le toque el timbre; el bus se orilla y frena en un segundo y todos nos sacudimos. Arranca de nuevo con bríos y a las 7:35, después de una hora y 28 minutos, y de hacer tour por El Rodeo, La Mota, Belén, Laureles, Estadio, Naranjal, Centro, San Diego, El Poblado, desciendo en el mismo paradero donde abordé. Esta vez parece que nadie se atreva a subir pero aparece un señor corriendo, le pasa un billete de dos mil pesos a una mujer que está de copiloto y se encarama al bus por la puerta de atrás. Desde afuera veo la escena con cierto cariño hacia esta ruta de amores y odios, hacia este sistema orgánico, circulatorio, vital para la ciudad desde hace 34 años. ☺

De calle a cuenca

por MAURICIO LÓPEZ RUEDA



Son las 7:30 de la noche de un jueves de agosto. En la estación Hospital decenas de personas corren, se estrujan, se ofrecen disculpas y se lanzan miradas agresivas. Unos quieren llegar hasta la plataforma del metro y otros quieren sumarse a las filas que esperan el Metroplús y su servicio en la Cuenca 6. La mayoría son trabajadores cansados y sudorosos que no ven la hora de llegar a sus hogares. También hay estudiantes, igualmente agotados, y viajeros que simplemente van en busca de fiesta o a visitar familiares o amigos. En todo caso, el bochorno y el gentío en ese pequeño espacio enlatado de Hospital hacen que los nervios se alteren y la paciencia se extinga. El articulado del Metroplús se tarda en aparecer, pese a que estamos en hora pico y se supone que el flujo de buses es más frecuente. Entretanto, los vagones del metro siguen llegando y, por lo tanto, las filas del Metroplús se multiplican.

Cuando por fin llega ese horno con ruedas y cintura de acordeón, las personas empiezan a mirar y a calcular qué tantas posibilidades tendrán de subirse. Antes de su arribo a Hospital, esos buses blancos a rayas verdes y amarillas ya han pasado por otras trece estaciones, en las cuales han recogido un decenas de usuarios, casi todos con destino a la comuna nororiental, de modo que en cada parada, tan solo logran abordar unas diez o quince personas, eso, si es que se bajan al menos cinco. En Hospital, la batalla por los puestos se agudiza cuando se abren las puertas del articulado. A pesar de la presencia de los auxiliares de la Policía y de los funcionarios del Metro, los que quieren salir se ven avasallados por quienes desesperadamente intentan ingresar. Es una lucha de codazos, empujones, permisos y maldiciones. Muchos se quedan atorados en las puertas, obligando a que el vehículo aplase su partida. Es una prueba límite de tolerancia, pues hay que lidiar con humores y olores, con morrales y paquetes.

“Dejen salir!”, se oye gritar desde lo profundo del gusano metálico. “Qué mal servicio, manden más buses”, rezongan otros desde afuera. El joven auxiliar trata de calmar los ánimos pero en vez de eso empeora las cosas diciendo: “Por favor, despejen las puertas”. Los chillidos lo obligan a retirarse de la escena. Tras un par de minutos de lucha, por fin las puertas se cierran y los viajeros quedan apretujados unos contra otros. El armatoste busca el ascenso final de la calle Barranquilla, rumbo a Palos Verdes, un premio de montaña de tercera categoría, con rampas de hasta tres por ciento. La máquina sube a fuerza de enviones, a menos de diez kilómetros por hora, tosiendo como un moribundo, tronando como un rancho de tablas, latas y zinc durante una tormenta. Dos semáforos hacen más difícil su ascenso, pero por fin, tras cuatro minutos, logra llegar a la siguiente estación, Palos Verdes, donde algunos pasajeros se bajan y dejan un breve espacio para que respiren los demás. La marcha se reanuda y, tras otro semáforo, el bus se encuentra de frente con varios motociclistas en contravía. El conductor oprime el pito y disminuye la velocidad, los motorizados pasan gritando e insultando. Más adelante se ven otras motos, parqueadas en plena vía, y más allá, un carro cargado de colchones avanza pesadamente hacia un desvío.

También se ven unos cuantos policías que no hacen el más mínimo esfuerzo por despejar el recorrido del Metroplús. En la estación Gardel se bajan muchos más usuarios y los que quedan pueden estirar sus músculos. Inhalan y exhalan, y por un momento se sienten libres, cómodos. En Manrique el bus queda medio vacío. Antes de Palos Verdes había por lo menos doscientos viajeros, pese a que los articulados están diseñados para 160. En Manrique, si acaso, quedan sesenta.

Las motos siguen zumbando por la vía, algunas sobre la rueda trasera, otras sobre la delantera. Los expertos pilotos utilizan la Avenida Gardel para demostrar su pericia. También se ven transeúntes en plena vía, pues las aceras han sido colonizadas por motos y carros mal parqueados, o por venteros ambulantes que se niegan a dejar la 45, la vena aorta de Manrique, cuna del delirio tanquero y del sacrificio ciclistico. La 45



siempre le perteneció a los habitantes de esa capital simbólica de la Comuna 3, hasta que en 2011 se inauguró el Metroplús como nuevo modo de transporte masivo, entonces las personas no pudieron volver a esa tradicional avenida para sentarse a ver la ciudad, o para simplemente caminar al compás del tango y la salsa, comiendo helado o tomando gaseosa. Ese es uno de los motivos por los cuales los habitantes siguen “invadiendo” la vía del Metroplús, pues ellos no la ven como un corredor exclusivo de esos buses lentos. “La 45 es de nosotros, por acá vimos surgir a Cochise y a Nato Suárez. Esta era la zona de encuentro, de fiesta, de relajado de todos nosotros”, dice Raúl Jiménez Buriticá, 72 años, jubilado y amante del tango.

Pero aunque don Raúl lleva razón en su comentario, no cabe duda de que hay otras motivaciones que hacen que el recorrido del Metroplús entre Aranjuez y Palos Verdes sea un verdadero tormento para los más de 250 conductores que operan cada uno de los articulados y padrones del sistema. Existe una clara rebeldía a entregarle esa vía a un montón de buses que promulgan un estricto y obtuso reglamento de convivencia.

Con la llegada del Metroplús, en 2011, esa carrera 45 de la Farmacia Manrique, de la Casa Gardel, de la Escuela Hernán Agudelo, de la plaza, de La Fania, de Cochise y Nato, del Conjunto Miramar; esa 45 de Chalo y Lenguaesapo, de doña Fabiola y doña Rocío, se transformó en un terreno desértico que solo cobra vida después de las once de la noche, cuando el Metroplús se apaga y los habitantes de Manrique se vuelcan a su calle de siempre para caminar con los hijos, con los perros, con las novias y los novios; para picar motos y prender la fiesta; para mirar los picaditos de La Maracanã; y sobre todo para volver a ese pasado que todavía está intacto en la memoria de los que viven esos barrios históricos de la Comuna 3 de Medellín.

El Metroplús era necesario para la ciudad, pero bien pudo haber elegido otra ruta para extender sus gusanos metálicos. Haber transgredido la tradición, esa cultura ciudadana que germinaba y se transformaba a diario en la 45, fue un error que todavía los habitantes de Manrique le cobran al Metro, quizás con exagerada agresividad, pero es que el barrio por donde transitó el tranvía a comienzos del siglo XX, ese barrio que vio amanecer borracho a Pambelé en la esquina de la Iglesia del Señor de la Misericordia, se siente adolorido, despojado de su principal símbolo. Para los habitantes de Manrique el Metroplús es una daga que atravesó el hueso más duro del barrio. ☹



Una ciudad por las ramas

Tengo la costumbre de ir por los caminos mirando a la derecha y a la izquierda, y de vez en cuando mirando para atrás... Y lo que veo a cada instante es lo que nunca había visto antes...

Fernando Pessoa

por FERNANDO MORA MELÉNDEZ

Antes de subirme al bus turístico, pensaba que ningún cuerdo de esta ciudad pagaría doce dólares para que un vehículo le diera una vuelta por lugares que se sabe de memoria, y que acaso son el telón de fondo de sus rutinas y frustraciones. Luego, cuando trepé al segundo piso de este confortable armatoste, me di cuenta de que no era el único residente en hacerlo. Vino el eco de una azafata que me decía: “Para pasear no hay como la casa”. La frase se parece a uno de los mandamientos para turistas que propone Antonio Saborit: “No busque otra vida, no se deje tentar”.

Tenía curiosidad por saber qué le decían a los “turistas” sobre Medellín, y si tal vez algún prejuicio nublabla mi visión de la urbe que el profeta andino había llamado “mi pequeña Detroit”.

Ya estoy en la “terrazza” del Turibus. Una delegación de estudiantes mexicanos se toma el segundo piso. Levantan con euforia sus palos de selfi mientras una pareja que va adelante contempla los alrededores de la zona deportiva, cerca de la estación Estadio, uno de los siete paraderos que tiene el Turibus desde hace doce años. La mayoría de los carros son de un solo nivel y tienen un diseño inspirado en el tranvía de San Francisco. Este, en cambio, es

el único que tiene sillas arriba, con carrito, para los días soleados como hoy. A veces, en Feria de Flores, los turistas se apelonan a la espera de un puesto en la cubierta. Otros, como un gringo añoso que se quedó en el primer piso, prefieren disfrutar del aire acondicionado aunque tengan la mirada más recortada por la ventanilla. En ambos niveles se escucha una serie de gaitas y porros que se interrumpe en cualquier acorde para dar paso a la voz meliflua de la guía, en español e inglés.

A lo largo del recorrido se vuelve entretenido escuchar los nombres de siempre, pero traducidos: *Guayabal Avenue, Barefoot Park, The Little Paisa Town*. Suenan tan interesantes como ese abismo que hay entre las palabras y las cosas. El bus sigue su marcha. Y cuando anuncian que estamos en la Ciudad de la Eterna Primavera, una chica salta para replicar: ¿Y luego no era Tegucigalpa? No, es Trujillo, en el Perú, le dice el compañero. Pero también yo había oído decir que era Guatemala... Sí, hay más de ocho lugares que se autodenominan así, hasta Tarragona, en España. Qué más da, toda la tierra puede ser primavera, sobre todo en las cartillas de viajes.

La voz anuncia que es hora de bajar en Pies Descalzados, “un sitio enfocado en los elementos de la naturaleza y en las buenas energías. Aquí, junto al

museo interactivo, uno de los guías del parque les enseñará a hacerse masajes con agua y arena, además podrán visitar el *Bamboo Zen Garden*”.

La pandilla de cuates, alborotada, se vuelca fuera de la nave, mientras la pareja, el gringo y yo bajamos. “Recuerden que solo tenemos quince minutos”, recalca otro mensaje perentorio.

Ya es tarde para darnos cuenta de que el acceso por este lado está obstruido por arrumes de sillas de los locales de comidas. Tenemos que dar la vuelta. Los mejicanos van a la delantera otra vez, con sus palos de selfi en ristre. Pero el lugar está desierto, solo se ven unos cuantos empleados del aseo. El gringo toma con su iPad una panorámica del *Intelligent Building*. Me acerco a hablar con la pareja que viene rezagada. Ella es paísa, pero se casó hace quince años, en Londres, con el señor hindú que la acompaña. Me cuenta que es común en la gente de aquí recurrir al Turibus cuando se tiene una visita extranjera y hay que mostrarle la ciudad.

Los muchachos se han sentado en corrillo junto a una palma enana, a la espera de instrucciones. Un empleado de las cafeterías está lavando las mesas, suelta la manguera y por poco nos moja. “Hoy es bobada —nos dice—, todo el parque está en mantenimiento porque es lunes”. Cuando subimos, el gringo, consciente de su paso cansino, se nos ha adelantado para evitar perder el bus: un ducho en las faenas de contrarreloj que tienen estos tures.

Mientras aguarda a los estudiantes, el conductor cuenta que él no puede esperar a nadie más de unos pocos minutos. Hace días una mujer estaba desesperada porque su marido no aparecía. Le explicó que no podían quedarse más tiempo, que por favor esperara el bus siguiente. La señora se emperro en que tenían que permanecer hasta que su hombre regresara. Entonces, cuando el conductor prendió su máquina, ella lo agarró a carterazos. “Me dolían más sus insultos”, dice. Y en ese justo momento entró a cabina el marido, diciendo que lo había atacado un daño de estómago.

En otra ocasión, don Nicolás, el conductor, narra cómo una visitante, inconforme con los atractivos que le mostraba el recorrido, chistaba en voz alta que todo eso era una penjadada comparado con no sé qué otras ciudades europeas. Él mismo le pidió que si no le agradaba el viaje se bajara, para no indisponer más a sus pasajeros. Y santo remedio. La dama no volvió a modular.

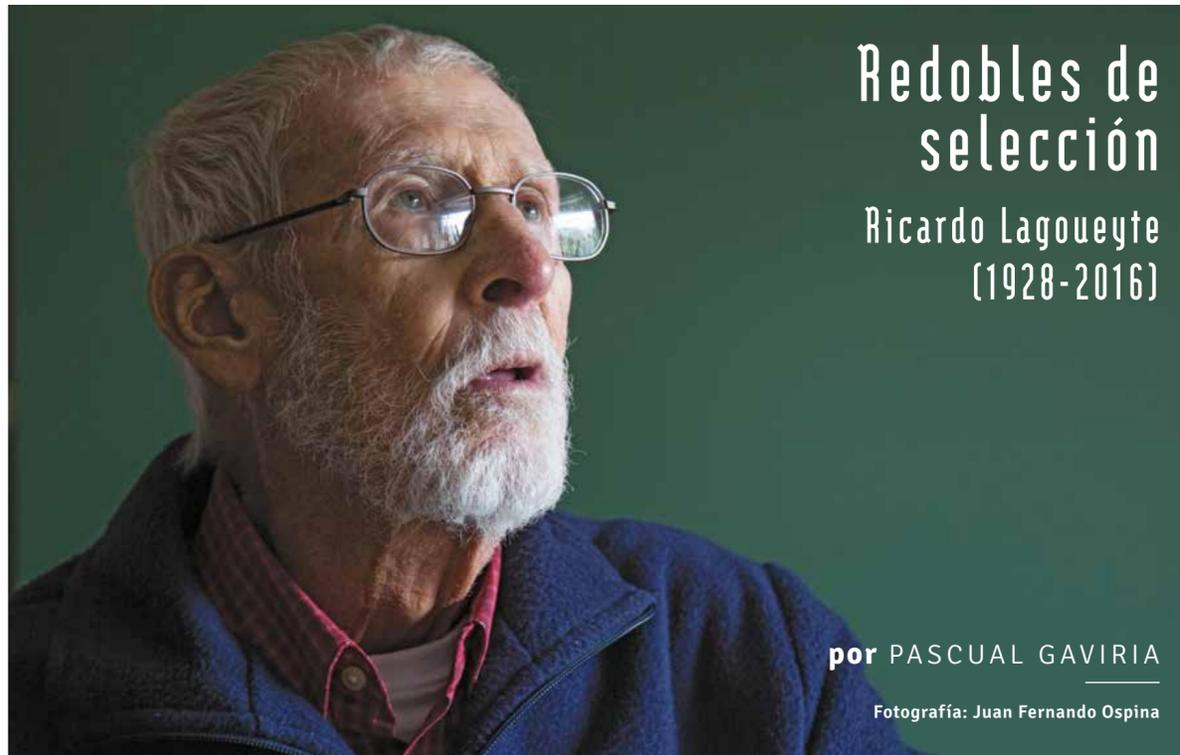
Cuando el bus pasa junto a árboles altos, los viajeros tienen que agacharse para estar a salvo de las inoportunas intromisiones de la naturaleza. De pronto algún gajo de hojas se desprende al paso del convoy que no se había propuesto descompar árboles. Al mismo tiempo, desde el piso de abajo, por el micrófono, la guía también narra una ciudad por las ramas. Que Botero es un artista de talla internacional; o que el edificio Coltejer tiene forma de aguja, y que Montecristo fue uno de los primeros humoristas de América (sic). De pronto hay una corrección: el centro geográfico de Medellín no queda debajo de la Plomada sino en el Parque de Berrío.

El listado de fechas, próceres y nombres de edificios se torna fatigoso. De todo esto es posible que alguien recuerde, por ejemplo, que en Medellín se hizo el primer trasplante de tráquea, pero ¿en qué año? El turismo, como la cultura general, hace parte de las artes del olvido. Un turista, han dicho, no conoce jamás el lugar donde estuvo. El viajero en cambio tiene la pretensión de lograrlo, a fuerza de vivir un tiempo en el mismo sitio, aunque tenga que dormir en bombas de gasolina, si le toca, o meterse de espía, como Graham Greene.

Mientras tanto, desde el sitial del piso alto, el turista contempla la zona de confort que la ruta se esmera en enseñar. De modo providencial no hemos encontrado ni un trancón. La autopista parece tan idílica como esas ciudades eléctricas en miniatura. En el Cerro Nutibara se acaban de subir dos extranjeras. “¡Qué raro, acá no hay perros en las calles, como en Buenos Aires”, dice una voz con acento porteño. “Pero sí hay muchos mendigos”, riposta su amiga.

Entonces me dan ganas de decirle. Sí, mi señora, una cosa es el mapa y otra es el territorio. A menudo, lo que uno ve por la ventanilla no coincide con el relato que lo narra. Y por eso es mejor mirar. Pensar es no ver, decía el poeta. ☹





Redobles de selección

Ricardo Lagoueyte
(1928-2016)

por PASCUAL GAVIRIA

Fotografía: Juan Fernando Ospina

En 1985 el fútbol colombiano entregó una pequeña alegría en las canchas de Paraguay. El torneo Juventudes de América disputado en Asunción, clasificatorio al mundial de Rusia, pasó desapercibido en el continente pero se celebró como una hazaña en Colombia. El juego de los juveniles, menores de veinte años, valió más que cualquier título y llevó al presidente Belisario Betancur hasta la escalinata del avión en El Dorado para el abrazo de rigor. También llegaron cartas de felicitación de los candidatos en ciernes. Los pelaos trajeron una medalla de bronce, un cupo a Rusia y una nueva idea sobre la selección. La era de Gabriel Ochoa Uribe en la de mayores iba llegando a su fin. Todo era alegría en un comienzo de año con punteros que eran equilibristas de raya, medicampistas tocadores, defensas que iban y volvían y un arquero arriesgado hasta la ofensa. Aún no se intuía el lodo sobre Armero ni los tanques contra el Palacio de Justicia.

Ese equipo, que le dio la última gloria a la camisa zapote, tenía debajo una camisa a rayas horizontales verdes y blancas. Seis de sus titulares venían de vestir el saco lanudo de la selección Antioqueña: René Higuaita, Edison Álvarez, Felipe Pérez, Carlos Álvarez, William James Rodríguez y Jhon Jairo Tréllez. En el banco se sentaba una especie de psicólogo natural, un técnico con ínfulas de filósofo, un profesor digno de los tableros. Luis Alfonso Marroquín acostumbraba definir a sus “discípulos” según cualidades esenciales, una palabra era suficiente para entender cómo tratar, aleccionar, entrenar o amonestar a sus dirigidos. Cuando Marroquín cogió el equipo colombiano camino a Asunción venía de ganar cuatro títulos consecutivos con Antioquia. Luego de veintidós días bajo su mando y doce goles a favor en Asunción las selecciones nacionales comenzaron a jugar de otra forma, también en los camerinos se empezó a hablar distinto, no se trataba de un acento sino de una forma de pensar los partidos y los rivales, de concebir las alineaciones, de enfrentar a la prensa. Ya vendría Francisco Maturana y la Copa América del 87. Pero no era solo el “estilo Marroquín”, también Maturana había vestido la casaca antioqueña bajo la dirección de otro técnico histórico de la casa, Humberto ‘el Tucho’ Ortiz, porque no todo puede ser la herencia de Zubeldía y Bilardo.

Marroquín puso parte de la letra, el verso de un momento importante de la selección Antioqueña, pero la música, los redobles durante más de veinte años estuvieron a cargo de Ricardo Lagoueyte, el preparador físico que hacía las veces de consejero espiritual, acudiente, vigilante de concentraciones, dietista, consultor de modales y tutor en la cancha, la pista atlética y la calle. Lagoueyte vino de una familia de deportistas de manual y dedicó toda su vida a jugar en serio: waterpolo, voleibol, fútbol, ciclismo, baloncesto, lanzamiento de martillo y salto con garrocha. Pero

sus grandes habilidades fueron para transmitir, para inspirar, para moldear. El profe Lagoueyte –Laguay según la pronunciación que se le dio siempre a su apellido francés en tierra paisa– tenía una extraña mezcla entre el militar que dirige el regimiento y el humorista que lleva la batuta en las conversaciones de amigos.

Llegó a la primera selección Antioqueña en 1968, venía de trabajar en Apolo, un equipo que representaba a la empresa metalúrgica que lo patrocinaba y al Barrio Antioqueño de donde eran la mayoría de sus jugadores. Tenía menos de 25 años y también había hecho sus pinitos como jugador comodín –el banco siempre fue lo suyo– y preparador físico en el Liceo Antioqueño. Su primer viaje con la selección fue a un torneo nacional en Pasto en el 69: “Nos fuimos en bus una semana antes, los ejecutivos y el técnico, Tucho Ortiz, llegaron un día antes del primer partido en avión”. Del viaje a Pasto recuerda que cuidaba el balcón para que sus dirigidos no se volaran en busca de las aventuras que se comentaban entre los futbolistas argentinos: “Los jóvenes en esa época miraban era para Argentina. Se copiaba lo bueno y sobre todo lo malo. Y el Charro Moreno era uno de los referentes”.

Desde siempre Lagoueyte tuvo una conexión distinta con los jugadores, una facilidad para transmitir el orgullo de vestir una camiseta y al mismo tiempo enseñar a pararla con el borde externo: “Porque yo no era solo de cronómetro, yo era un preparador técnico, de fundamentación, de enseñar cómo se juega con la pelota”. Aunque nadie lo crea, un jugador tosco, un hombre “rudo, duro”, como se definía en su época de las batallas en waterpolo, fue capaz de pulir a los jugadores finos, ágiles; así son las mejores limas.

La camiseta de Antioquia comenzaba a adquirir las características de las casacas de los soldados y las insignias de los místicos. El regionalismo empujaba y el himno antioqueño parecía no ser suficiente para acompañar los viajes en bus y el olor a linimento en los camerinos. Alguna vez a Lagoueyte lo echaron del hotel ABC en Bogotá, llegando con una selección de atletismo, por decir en la recepción que venía de la “República de Antioquia”. Entonces comenzaron los cantos menores: “Venimos de Medellín y venimos a jugar / y si acaso les ganamos, no se vayan a enojar / vamos Antioquia a ganar, vamos, vamos a ganar...”. Ese fue un ensayo que quedó solo en el recuerdo del Ricardo Lagoueyte, pero en 1970 se comenzó a entonar –a gritar es más preciso–, por las diferentes selecciones Antioqueñas, una tonadilla que se convirtió en himno de batalla, en canto inspirador, en una clave para el ánimo de los elegidos. *Bella ciao*, el canto partisano que de los soldados italianos de la resistencia pasó al nazismo, terminó convertido en canción de vestuario y tribuna para la selección Antioqueña. Lagoueyte fue el “compositor”, y en ese hecho se entiende su vena de soldado y humorista, de motivador y capitán de vestuario. De modo que las estrofas del canto partisano:

Una mañana me desperté.
Bella ciao, bella ciao, bella ciao, ciao, ciao
Una mañana me desperté
Y encontré al invasor.
¡Oh! Partisano, llévame contigo.
Adiós bella, adiós bella, adiós bella, adiós, adiós.
¡Oh! Partisano, llévame contigo
Porque me siento morir.
Y si yo muero de partisano.
Adiós bella, adiós bella, adiós bella, adiós, adiós.
Y si yo muero de partisano
Tú me debes enterrar.

Se convirtieron en “La chaua”, una traducción similar a la de Lagoueyte por Laguay. Soy antioqueño... toda la vida... Ah, de la chaua, de la chaua, de la chau chau chau. Soy antioqueño, toda la vida... y por Antioquia he de morir. Soy antioqueño, toda la vida... y por Antioquia he de morir... Y con los pases y con los goles. Ah, de la chaua, de la chaua, de la chau chau chau. Y con los pases y con los goles siempre el triunfo obtendré. Y con espacios y con deseos. Ah, de la chaua, de la chaua, de la chau chau chau. y con espacios y con deseos siempre a (nombre del rival) yo venceré.

Cuando le preguntaban por algunos nombres inolvidables que pasaron por sus mañas, Lagoueyte recordaba un medio campo con Arley Rodríguez (tío de James), Néider Morantes, Juan Guillermo Villa (quien murió asesinado) y Gerardo Bedoya, en una selección que dirigió Luis Fernando Montoya. Y tal vez la lista del oncenio titular que dictó hace unos años, sea la selección Antioqueña ideal más cierta y más inspiradora: Rene en el arco, Gildardo y Chonto marcando las puntas, Andrés Escobar e Iván Ramiro como pareja de centrales, Leonel y Chicho Serna cuidando el medio, Néider Morantes y Hernán Darío Herrera armando desde adelante del círculo central, Carlos Andrés Vásquez (goleador histórico de la selección) y Ponciano Castro en el ataque. Para el banco también dejó lo suyo: Bedoya, Diego Osorio, Arley Rodríguez, Víctor Aristizábal y Juan Pablo Ángel.

La Chaua, que comenzó a sonar en los setenta en la voz de la selección femenina de voleibol, que parecía solo el estribillo escolar compuesto por un profesor fuerte y bullanguero, se sigue cantando en la ruta del camerino a la cancha, se entona con el sentimiento de siempre, hace que los profesionales en ciernes sientan que representan una tierra, que todavía hay unos colores más importantes que el resplandor de los últimos guayos Nike, que una hinchada los mira y una historia los vigila. Profe ciao. ©

Adaptación de “Vitrina de las primeras copas” del libro *De ida y vuelta. 85 años de historias. Liga Antioqueña de Fútbol*

Felipe Morales V.
Asociado desde 2008

LA DIFERENCIA ESTÁ
EN QUE A NUESTROS
ASOCIADOS
LES BRILLAN
LOS OJOS

CONFIAR[®]
COOPERATIVA FINANCIERA

cooperativizando para el
BIENVIVIR Línea Confiable 444 1020
www.confiar.coop



JORGE CÁRDENAS
Maestro, palabra y obra

Inauguración: Jueves 22 de septiembre de 2016. 6:30 p.m. Centro de Artes Biblioteca Luis Echavarría Villegas. Universidad EAFIT.

UNIVERSIDAD
EAFIT

El gran León

por EDUARDO ESCOBAR

León de Greiff, nacido en Medellín el 22 de julio de 1895, es el más extraño de los poetas colombianos. Tan extraño fue, que fue el único poeta vivo que los nadaístas respetamos en nuestro trabajo de poda en el canon de las glorias nacionales, cuando irrumpimos en Medellín con la intención expresa de “no dejar una fe intacta ni un ídolo en su sitio”. Su obra vasta, múltiple y compleja, no fue explorada todavía como se merece en este país incomprensible. Y mezquino. Y reduccionista.

Si no hubiera sido un gran poeta León de Greiff habría sido memorable de todos modos por muchas otras razones: por la figura de quijote que se hace el sueco que se fajaba, por el desdén autista que exhibió desde la madurez y que se fue agravando a medida que envejeció y por el modo como se paseaba a zancadas por la carrera séptima en la Bogotá de los años sesenta, tras de su larga pipa como un sexto dedo humeando, vestido como los espantapájaros, cubierto por una boina oscura y desarmada como si hubiera dormido con ella, derramada sobre la testa, y con unos ojos anteojos de tonto o de quien lleva en lugar de un alma un crucigrama en proceso, o una pregunta que en el fondo no le importa porque todo le vale nada si el resto vale menos. Dicen que no había crucigrama que le ganara. Y dicen que hacía de una vez y a veces sin llenarlo el muy difícil que publicaba entonces *El Tiempo*, plagado de enigmas de ladino, de falsas pistas y de pequeñas trampas. Le gustaban las palabras. Incluso inventó una de la que no me olvidó: *nefelitaba*. Sabía que

en la palabra habita el hombre. No en la prosperidad ni en la inopia. Que él renombró como el estado de *simplatía*.

El hombre sabía un montón de cosas que sabía para nada, a las que se acercaba con la curiosidad de un niño sin pretensiones, por el mero placer de hacerse el cómplice del mundo, no para mirarlo sino para entenderlo. Conocía los nombres de las piedras de adorno, de los pájaros propios de la cetrería, los de un montón de ciudades remotas, antiguas y nuevas, los de los instrumentos musicales que ya nadie toca, la gaita y la zampoña. Y cantó los calores del río Cauca y la vida simple de los ingenieros ferroviarios, siempre borrachos por las tardes, detrás de las indias de tetas estrábicas, por allá en las posadas donde se cruzan la Comiá con el Cauca. La lengua es todo: las eufonías y las cacofonías y la ecolalia.

Ya no me acuerdo si con esos versos suyos que ponen una rosa por testigo de ese amor que si no fue ninguno otro amor sería, los muchachos de nuestra generación aprendimos a pasar los escollos de los primeros enamoramientos mejor que con Bécquer y mejor incluso que con Neruda y sus estrellas que tiritan. Puede ser. Sí recuerdo que en plena juventud, cuando la muerte parecía una estación tan lejana, solíamos recitar entre los amigos, cuando nos poníamos melancólicos y nos cogía la podredumbre existencialista entonces de moda, eso de la señora muerte que se va llevando todo lo bueno que en nosotros topa. Y eso de que, solos, en un rincón, vamos quedando los demás, gente mísera de tropa, de alma de trapo

y corazón de estopa. Es obvio también que le gustaba la música. Y hasta se empenó, con suerte a veces, en trasvasar la música de sus chopanes y sus chuberes en las palabras de los antioqueños mezcladas con arcaísmos. Algunos mínimos poetas suelen tratar de oponerle a la literatura de León Greiff, la de otros poetas mucho menores. Pero es evidente que es gente de alma estrecha que entiende la crítica literaria como una manera de hacer las relaciones públicas. Entre poetas verdaderos no puede haber parangones. Raquel Jodorowski dijo: No hay los buenos ni los malos poetas: hay los hombres que cantan.

León de Greiff es un poeta perfectamente incomparable con cualquier otro latinoamericano del siglo XX, porque es él, solo, presente en soledad con un puñado de poemas que la antología de la tribu haría bien en no olvidarse. Y con un laberinto de relatos en prosa que a veces incitan a bailar cuando se leen. Entre los follajes de un modernismo pasado de caprichoso, *art déco*, de Greiff expresa al mismo tiempo un talento, un modo de ser, o mejor dicho, un montón de modos de serse y de vivirse. Y reinventó el simbolismo entre nosotros.

Fue tan grande León de Greiff para su tiempo que no solo los nadaístas le perdonaron la vida en la siega inclemente de los primeros manifiestos de tabula rasa. También los comunistas que apenas podían verse con los poetas de la pandilla de gonzaloarango rindieron tributo de respeto a la magra figura del poeta suecoantioqueño. Y los del M-19, ¿no le dieron a guardar la espada de Bolívar al viejo ogro cuando se la robaron de la

quinta en la pata de los cerros? Sabían que así convertían el robo en alegórico, usando de caleta la guarida del ríspido caballero de las letras, del alejado de todo, de uno que la burocracia había convertido en un monstruo. Los del Eme también sabían que el último lugar donde los militares asomarán las narices en busca del hierro, sería bajo la cama del poeta grafómano que convirtió el castellano en un batiburrillo de lo más interesante. Jaime Mejía Duque, un crítico manizalita de estirpe luckasiana, lo quiso reivindicar para la izquierda por un verso donde menciona a Lenin y proclama que lleva no se qué enseña. Y lo llevaron a Cuba por eso. Y a veces los institutos mamertos llevaban su nombre y los colegios mamertos dirigidos por bolcheviques de alfanodque como son los nuestros siempre. León de Greiff lo aceptaba a veces de mala gana y se dejaba invitar cuando no tenía algo mejor que hacer. Aunque en las fotografías de los ágapes con los comisarios siempre tiene un aire de ido. Como uno que lleva por alma un crucigrama en blanco, que espera ser llenado de cosas y de cosas. León de Greiff es uno de los animales más bellos que conocí. Dueño de un esqueleto de un largo envidiable en un país de pánicos. Y antes de que lo olviden: Matías Aldecoa es el seudónimo de uno de los negociadores en La Habana, aunque es obvio que jamás leyó a de Greiff, a juzgar por la manera de construir sus frases desbaratadas, como esos campesinos que usan los libros solo para sus sentadas de sanitario.

Sus amigos del café Automático solían preguntarle dónde mandaba arrugar los vestidos. Es decir, los que se atrevían a hacerle bromas. Porque aunque era dueño de un sentido del humor fabuloso que evidenciaba una inteligencia soberana, no le admitía chistes capciosos a todo el mundo y podía mostrarse como un adusto cascarrabias. Decía que jamás se había enguayabado aunque era bueno para la copa. Afirmaba que no se dejaba alcanzar. Decía saber que la resaca se cura con pelos de la misma perra. No sé de qué color tenía los ojos. Sé que siempre estaba mirando a lo lejos sobre las cabezas de los transeúntes en busca de la sombra de una mujer. Ulalume. O Xatli. U Ofelia. Que eran los nombres que les ponía a sus amadas, aunque se llamaran simplemente Marta o Gertrudis o Pepa. Y a quienes a veces cantó. Dame tu axila, leche con canela.

Una vez, cuando publiqué mi primer libro, *Invencción de la uva*, con una carátula naranja y un dibujo de una bicicleta surrealista llena de gente desnuda con sombreros estrafalarios, una plumilla de Álvaro Barrios cuando era genial, me



Archivo BPP.

lo tropecé en Bogotá por los lados de la calle 24 frente a un edificio de ambiente francés y fachada francesa que más tarde habría de llamarse Hotel Dalí. Y me acerqué, reverente, y le dije con un hilo de voz de tímido: “Maestro, qué pena, permítame un momento. Acabo de publicar mi primer libro y quería regalárselo”. Y él me miró desde su nube, la chivera amarilla de macho cabrío, y echó al aire una bocanada de su cigarrillo Lucky Strike, y me preguntó en un tono ambiguo, con el mismo sonsonete de arriero antioqueño que jamás perdió, ni siquiera después de vivir tantos años tan cerca de los académicos bogotanos, y que ahora mismo no puedo determinar si fue indulgente o amistoso o irónico: “Y por qué le da pena, hombre”. Y recibí mi regalo y se fue y lo abrió en la página donde suelen los escritores poner sus dedicatorias y entonces volvió sobre sus pasos con una orden: “Pero escribale algo ahí”. Y yo quedé fundido, confundido y garrapateé tan solo, “para el gran León” y él lo guardó en el bolsillo ancho de su saco de espantapájaros y se fue dando trancos. Oí decir que sus bolsillos estaban llenos de sorpresas. Que guardaban chicharros, pedazos de pan, bocadillos y ceniza de cigarrillos norteamericanos. Y libros, digo yo. Álvaro Castaño Castillo dijo una vez que León de Greiff le había enseñado que el orden tenía que ver con la honestidad. Entonces, no sé qué clase de persona sería León de Greiff en el fondo. Una vez vi una fotografía de su biblioteca en la revista *Semana* siendo todavía un muchacho. Y me impresionó que no estuviera en las paredes como las bibliotecas del resto del mundo, sino en el suelo, formando una pirámide. En la que siempre sin embargo sabía encontrar el libro que le interesaba estirando la mano sin mirar.

Una vez más lo vi en el Automático que fue su segundo hogar. Y recuerdo que el humo del cigarrillo le había amarillado los brazos hasta los codos. Iba a saludarlo. Pero estaba rodeado por sus pretorianos que se cerraron celosamente por los hombros para impedirme la entrada. Y lo olvidé. Dicen que se bañaba poco. O nada. Dicen que solo encendía un fósforo diario por la

mañana porque empataba los cigarrillos a lo largo del día hasta sumar ochenta. Si sirviera de ejemplo, se podría decir que el cigarrillo lo salvó de una muerte prematura. Con el aguardiente, que dicen que conserva. Porque vivió ochenta años largos al humo y bien humedecidos con ese brebaje de las cañas. Bien vividos.

No deja de parecerme extraño, entre todas las cosas extrañas que pueden encontrarse en la literatura, que León de Greiff, como Pessoa y como su amigo Fernando González, en un mismo ciclo del tiempo, hubieran descubierto el desdoblamiento de los sosias y los heterónimos que no son unos simples seudónimos. En un programa de sabios en concurso que vi por televisión en mi adolescencia recuerdo un señor, cuyo nombre olvidé, que recitó, según dijo, los cuarentitantos heterónimos de León de Greiff. Pero también oí decir que son cien por lo menos. En todo caso es fácil corroborarlo leyéndolo: los heterónimos de León de Greiff están minuciosamente diferenciados, cada uno con su carácter. El ruso Gurdjieff pensaba que somos un amontonamiento de yoes con sus propias gracias cada uno, que se reparten nuestro tiempo según una mecánica predecible. Matías, Sergio, Harald Erik y hasta Beremundo el Lelo tienen cada uno una dimensión propia, insustituible, cada uno con sus propias costumbres y sus gustos. Unos aman la noche, unos el día, otros el silencio, otros la música. Y beben cosas distintas, los unos ron y los otros aguardiente y vodkas los otros. Y piensan cosas diferentes y hasta opuestas y sueñan sueños distintos. En Fernando González a veces el método conduce al desgarramiento católico. A León de Greiff le importan un carajo sus sombras y en todo caso no se queja. Es extraño que un estoico hubiera podido escribir una literatura tan profusa y tan apartada del sentimentalismo filosófico, hecha de pura formalidad, aunque fuera un hombre que vive en un desorden pavoroso. Alguien describió un día su cuarto lleno de totumas de arequipe debajo del mobiliario, de botellas vacías, de discos de vinilo fuera de sus bolsas, de libros cubriendo los ceniceros, de polvo y de pelos en

el suelo porque con los años fue perdiendo las greñas de vikingo que tanto se alababa en nombre de sus abuelos hiperbóreos.

Me acuerdo que en los años del primer nadaísmo en Medellín, solíamos reunirnos en la casa del arquitecto Rafael Arango a oír las obras menores de Mozart y a leer a León de Greiff. Y que a mí en la turbiedad de mi ignorante adolescencia me sonaban a enigmas esas cosas suyas, como, por ejemplo, tango vos pandero mío, tango vos, si pienso en al. Mucho más difícil para mí que su famoso poema de Sergio Stepanski, que alcanzó popularidad entonces entre los borrachos pobres de las tiendas de barrio. Cuando los borrachos de las tiendas de barrio en Colombia todavía se reunían a temblar bajo los ecos de sus poemas favoritos.

Una anécdota final. Todos sabemos cómo es el país. Cuando el viejo glorioso, que tal vez había olvidado pagar el catastro de su casa en ruinas, fue conminado por la oficina de impuestos a entregarla en pago, un montón de amigos organizaron una colecta para salvarle el escampadero. Pero él se negó. Engreído como era, saludablemente engréido. No estaba dispuesto a recibir limosnas para paliar otra injusticia nacional. Pero la ley es la ley y el proceso siguió su curso. Entonces, alguien tuvo una idea: fundar un premio de poesía Coltejer para otorgárselo y que salvara la deuda con la república. Recuerdo que asistí a la entrega del galardón. Y me acuerdo del chiste. Un Echavarría me da un premio. Y el otro me lo quita. Dijo. Recordando que el ministro de Hacienda era un Echavarría como el gerente de la fábrica filantrópica. Evidentemente con unas ganas tremendas de reírse. Del premio y de sí mismo y de la farsa de la vida.

Aquí tengo sus obras completas en la edición de Tercer Mundo hecha bajo el patrón de la de Aguirre. La abro al azar. En el primer tomo, proclama en la página 138:

“Hagamos la serena
—la serena y la loca—
vida del que en sí propio no se toca
y que en nada se halla”. ☺



En el Parque de los Deseos existe un planeta (*Kaldi*) y es delicioso ...



Empanada Argentina



Pascualinas



Kaldi

Almuerzo sano, natural en la sede del Planetario

Visítanos: **Planetario de Medellín**, entrada principal
Tel: 263 2511 / Repostería y panadería natural, cafés de origen.

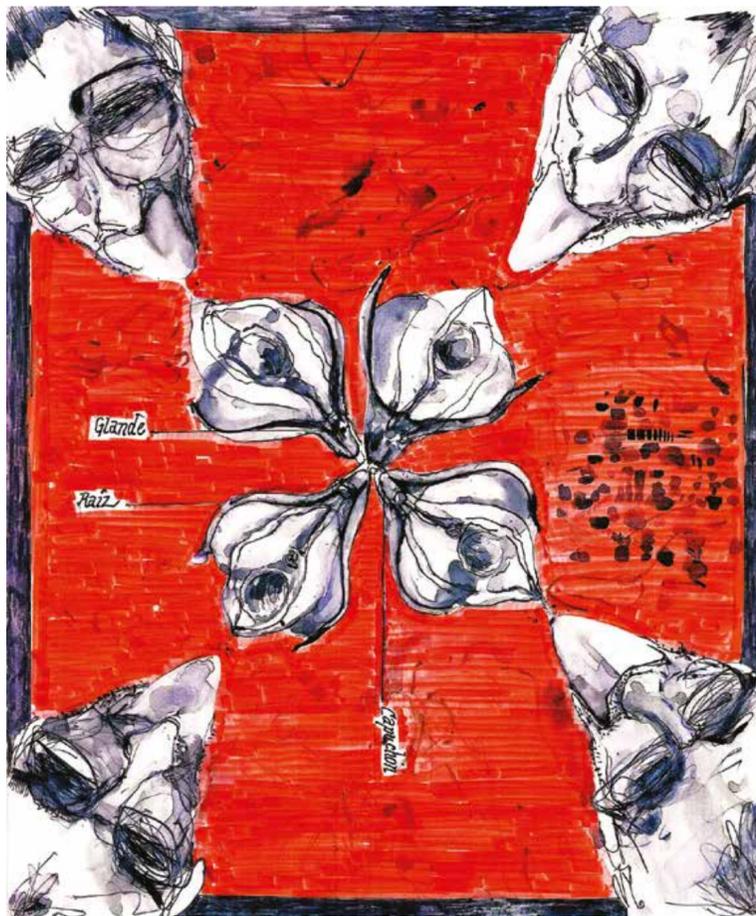
Carlos E Restrepo / Tel: 260 1355 calle 53 # 64A 31

salon a trigo y aroma de café

Lustrar la perla

por ROBERTO PALACIO

Ilustraciones: Cachorro



en una aureola de pelos de oro que la circunscribe en un óvalo sagrado y de difícil desciframiento, un manto coronado por una cabeza cubierta por un capuchón oculta el cenit de la virgen, su rostro transido de dolor y placer. En las procesiones, se saca esta sacra vagina y hombres con capuchas prepucales la pasean dando tres pasos hacia adelante y dos hacia atrás..., adelante y atrás...adelante y atrás. ¿Todo producto de mi mente enferma? Tal vez, pero los indicios de la adoración cristiana por la vagina permean incluso la más alta de sus instancias artísticas. En el cuadro de Caravaggio, Tomás introduce su dedo en las heridas supurantes de Jesús mientras este contiene su mano para que su curiosidad no se vaya muy hondo. Véase una vez más esa herida en el costado de Jesús. En el Cantar de los Cantares se le alaba con fruición, su olor que viaja distancias; si el verso es capaz de despertar sentimientos incluso entre los no creyentes que lo leemos hoy, imagínelo en manos de los abstemios frailes medievales. En la Canción del Rey Salomón, capítulo 4 versículo 16 dice:

“Despierta, viento del norte,
¡ven, viento del sur!
¡Soplen sobre mi jardín
para que exhale su perfume!
¡Que mi amado entre en él
y saboree sus frutos deliciosos!”.

Es interesante notar que hoy entre los americanos a la práctica del *cunnilingus* se le denomina ‘to eat pussy’ lo que le da una connotación insospechadamente bíblica al asunto.

De la manzana amorfa y mordida de Eva a las custodias hay un camino que denota un mejoramiento en la iconografía vaginal cristiana. Esto claro, se ve oscurecido por el hecho de que las imágenes del pene son más conocidas: es sencillo de dibujar, las manos de los escolares de seis años lo trazan solas cuando desaprendiendo a dibujar casas y trenes y soles se dan a retratar el pene en todas partes. Pero pídalele incluso a una mujer que dibuje una vagina. En la cultura los símbolos vaginales están más ocultos, pero aún así son poderosos y sublimes.

Volvamos a la conquista de América; esta no se hizo en nombre de la virgen sino de la espada, otro hecho que explica la obsesión por la pija y el olvido del *cunnus*. Los conquistadores traían como alimento espiritual las historias de caballería. Los caballeros de Arturo soñaban con saciar la sed de su espada reseca tomando del grial de la última cena. ¿Es necesario deletrearlo? Una espada sedienta busca sin cesar un cáliz lleno de líquido deseado como una ambrosía capaz de restaurar el vigor. Cuando no es posible hablar de una práctica, esta se elabora simbólicamente. Hay unas pocas referencias del interés de los españoles por las vaginas de las indias, limpias, imberbes, cerradas. Fray Pedro de Aguado en el siglo XVI anota que las mujeres de los Llanos Orientales de Colombia tenían un “estuche” tan largo como el pico de un tucán, mientras que se admiraron de que los hombres del Tolima tuvieran penes colgantes tan grandes que bien podían llevar el nombre de “pijaos” en honor de su “pija”. La peculiar y encantadora palabra “pija”, que suena tan nueva ahora como cuando fue proferida por primera vez, es en realidad un término arcaico. Aparece por primera vez en el diccionario de Joan de Corominas del siglo XII y quiere decir lo mismo que ahora. De tal manera que “pijao” significa literalmente “vergón”.

Pero la fascinación oculta de los cristianos por la vulva y sus misterios no era nueva. La baja Edad Media forjó una imaginaria frondosa aunque escasa sobre las

delicias de la vagina. La tuvo como un objeto de curiosidad y temor, era la boca del gato, la entrada misma al infierno en esta tierra, un portal para los tormentos del submundo de Lucifer. Esta concepción es especialmente notoria en uno de los libros más hermosos que produjera la Edad Media, el *Libro de las Horas* encargado para la duquesa Catherine de Cleves. Decorado por un artista anónimo conocido simplemente como el “Maestro de Catherine de Cleves”, el libro es una verdadera delicia para el amante de la historia del *cunnus*. En una de las ilustraciones más dramáticas, el *meester* retrata una boca felina desprovista de piel, en su centro arden y padecen en las brasas del infierno las infaustas almas que en ella cayeron. Esta boca sin piel sale de otra boca felina cuyos labios, a la manera de unos horripilantes *labia maioris*, se encuentran estirados y pegados sobre la cara de su poseedor. Unas criaturas insectoides, reminiscentes de extraterrestres de una película de ciencia ficción de los años cincuenta, empujan hasta el fondo a los que han osado llegar hasta allá: todos sabemos la falacia contenida en la promesa de que es solo la puntica.

La obsesión y la repetición son símbolos de un acto que nunca parece terminar en el *cunnilingus*; presagian para el creyente los tormentos del infierno, laceraciones sin sentido, heridas que supuran y afligen sin fin, olores fétidos que el artista se empeñó en retratar como emanando del mismísimo hoyo. No es extraño que los hombres se quejen en el informe de Shere Hite, publicado en los setenta, de los tormentos del *cunnilingus* por efecto de que las mujeres nunca parecen llegar. Hay que decirlo de una vez: el *cunnilingus* bien practicado es un arte lento, hecho más para el placer que para el orgasmo.

¿Por qué tanto desprecio por practicar sexo oral en la vagina si en cierta forma era un objeto de obsesión? El silencio de la práctica en mi opinión se ha debido a que se ha visto como denigrante para los hombres a lo largo de la historia. Con el *cunnilingus* se da una peculiar inversión: si bien con la *fellatio* el actor o *felador* pasa a ser pasivo y el hombre *felado* es visto como el verdadero actor a lo largo de la evolución de esta práctica, con el *cunnilingus* a la mujer nunca se le ha permitido un rol activo. Los testimonios de Shere Hite resaltan el hecho: muchas mujeres no soportan el *cunnilingus* no porque en ello no haya placer, no porque no les guste, solo que no soportan la humillación que sienten le infringen a su pareja.

Los romanos fueron más abiertos con la idea de representar el *cunnilingus*: en uno de los frescos de los baños suburbanos de Pompeya se ve a un hombre de tez oscura dándole placer con la lengua a una mujer blanca de apariencia aristocrática. Pero la liberalidad en representar la escena no quería decir que era aceptado que el hombre se prestara al ejercicio del *cunnilingus*. Cuando se mira el detalle de los frescos pompeyanos, se ve que el artista representó a los hombres *de la lengua* como drones sexuales que ni siquiera se quitaban la ropa. Es claro que las mujeres eran complacidas por esclavos y pagaban por el servicio, de hecho lo mismo que valía una felación. El hombre romano que se daba a la práctica tenía tan bajo estatus como el que se dejaba penetrar por otro hombre. El poeta Marcial, acusando a un pobre sujeto llamado Coracinus, le dice en uno de sus epigramas que le perdona haber sido penetrado por otro, pero no el ser un *cunnilincto*.

Quizá por ello la práctica nunca salió de la secrecía de las habitaciones romanas. Hay que recordar que en latín *pudendum* se usa para referirse a la vulva, palabra que procede de *puere* que significa “estar avergonzado”. Como si fuera un presagio, desde entonces la vulva y lo que con ella se hace es pura y simplemente una vulgaridad innombrable. El lenguaje lo ha reflejado; en el período victoriano al *cunnilingus* se le denominaba de una manera tan oblicua que no hay seguridad de que la expresión denotara la práctica: “to tip the velvet” o el aún más sutil “lip service”. Este término guarda una semejanza asombrosa con “blow job”: se denota una práctica de la manera más indirecta y se refiere a ella como un trabajo o un servicio, una constante en el mundo anglosajón.

Las primeras en ser consientes de esta naturaleza proscrita parecen ser las mismas mujeres. En la década del setenta, según el mencionado informe de Shere Hite sobre sexualidad femenina, la práctica era tan extraña para algunas mujeres que al ser interrogadas sobre el *cunnilingus* respondieron sobre la *fellatio*. Por lo demás, las retenciones femeninas parecen ser las mismas desde hace cuatro décadas: “Me avergüenza mi vagina, temo que olerá mal, me avergüenza venirme en la cara de un hombre, no quiero besar a un hombre con la boca húmeda por el *cunnilingus*”.

Hoy que las condiciones están dadas para el regreso del *cunnilingus*, la lengua ha pasado una vez más sobre el *cunnus* y ha venido a parar a lo más cercano: el *annus*. El nuevo *cunnilingus* al parecer es el *anilingus*, una práctica que cuadra con los parámetros de una nueva generación: no te define especialmente, es democrática en cuanto la pueden recibir hombres y mujeres y no hay la intimidad violada del *cunnus*, sino la universal cloaca del *annus* como la llamó Voltaire en el siglo XVIII. No es de extrañar que la estrella del porno Asa Akira declarara hace poco que “culturalmente, el culo es la nueva vagina”. Así, *Cosmopolitan* publicó el año pasado una guía para practicar esta nueva faena e incluso los hombres se unieron al deseo de llevar sus traseros lamidos; en el 2012 una encuesta de *Esquire* mostró que más del doce por ciento de los hombres entrevistados se lamentaban de estar recibiendo poco *anilingus*. Por mi lado, diría que no me queda duda de que me iría gustoso para el infierno del Maestro de Catherine de Cleves antes de unirme al entusiasmo del llamado “beso negro”. ©



Caído del ZARZO

Elkin Obregón S.

PAÍS SIN CARNAVAL

Aunque ya es agua pasada, quiere decir este cronista que le gustó, y mucho, la inauguración de los juegos olímpicos Río 2016. Sobria, corta, sin estridencias ni alardes, supo esquivar con fortuna los muchos tópicos que de ella se esperaban. Pocas garotas, pocas tangas, nada de carnaval, nada de fútbol. Apenas lo preciso para recordar al orbe entero que estaba presenciando, para citar al poeta Drummond de Andrade, un sentimiento del mundo.

En cuanto a las canciones, de infaltable presencia, todo también medido y sustancioso: un cantor, sentado al piano, interpreta la obliada *Chica de Ipanema*; acompaña su canto la larga marcha de la modelo Gisele Bündchen, quien recorre la plataforma con supremo garbo y prestancia, esbelta y juncal como una palmera burití; una hábil esenografía de volúmenes presta fondo a las notas de *Construcción*, la icónica canción de Chico Buarque; Jorge Ben, eternamente joven, nos regala su *Pais tropical*, melodía bandera si las hay; por último, escolta por tres sonrientes coristas, vemos y oímos a Elsa Soares, sacerdotisa del samba popular (no le antepongo “suma”, como tal vez debiera, porque me acuerdo de Clara Nunes, muerta en plena juventud a consecuencia de una infortunada intervención quirúrgica. Medio Brasil acompañó su larga agonía. Medio Brasil, y, al menos, un colombiano: quien esto escribe).

No faltó el mensaje ecológico, planteado con finura, sobre las amenazas que nos cercan. Algunos piensan que este fue el mejor momento del show. Uno, algo curado de espantos, opta por la sorpresa: ese menudo avión, réplica fiel del original (París, 1906), con el mismísimo Santos Dumont al comando. Para los brasileños, Santos Dumont fue el auténtico pionero de la aviación; lo sea o no lo sea, fue admirable verlo alzar el vuelo, sobrevolar el Maracanã, y, fiel a su misión, remontar la noche de Río de Janeiro (que, desde la altura, libre de violencias, miserias y corrupciones, sigue siendo la ciudad más bella del mundo), hasta ganar triunfalmente las playas de la divina bahía de Guanabara.

No faltaron por supuesto las críticas, por razones políticas, sociales o económicas. Ignorante este cronista de tales menesteres, calla y otorga. Pero se atreve a hacer, desde su cuerda, un único reparo: la culpable omisión de Joaquim Maria Machado de Assis, nacido, criado y muerto en Río de Janeiro, sumo sacerdote (este sí) de la literatura brasileña.

CODA

Muchas cosas magníficas hizo Álvaro Castaño Castillo. Con toda justicia, la prensa las registró y las elogió. Pero nadie mencionó que fue el autor del soneto *Borges graba su poesía* (por cierto, participó en un concurso organizado por el periódico *El Tiempo*, y solo se hizo a una medalla de bronce), para mí uno de los más logrados que se han escrito en esta tierra de sonetistas. ©



DR. GUSTAVO AGUIRRE
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.
CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

Si uno se atiene a los registros históricos, hubo siglos enteros en los que a nadie se le ocurrió pasarle la lengua por los genitales a la mujer, el difamado *cunnilingus*. Era una de esas cosas que simplemente no se hacen, como meterse una moneda en la boca. Tómese por ejemplo el descubrimiento de América. Cuando hice la investigación para *Pecar como Dios manda*, una historia sexual de los colombianos que comenzaba en la Conquista, imaginé que me toparía con una cantidad de prácticas sexuales que nunca se realizaron entre los conquistadores y los conquistados. Estaba equivocado, las había de todos los calibres; orgías bestiales, travestismo, intercambio de favores sexuales por maíz y hasta por crispetas, pero no encontré referencias al sutil arte de la *lingua* en el *cunnus*. En el resto de la historia la práctica parece aflorar como la mano de un ahogado en un remolino, esporádica y desesperada. En el siglo XVIII apenas si la mencionan los diccionarios y en el XIX fue tan recóndita que no es claro que las referencias en efecto sean a ella.

¿Por qué? ¿Cómo llegó esta práctica aparentemente simétrica con la felación a estar oculta? Si se mira la historia triunfal de la felación, se descubre que en distintas épocas se ha mamado por distintas razones pero de una forma o de otra, lamer la pija siempre ha sido un trofeo por ganar una guerra o por perderla, en épocas de abundancia o de depresión. ¿Cómo llegó la práctica del sexo oral femenino a tener una historia tan oculta, similar al mismo arte de lustrar perlas, expresión con la cual se hace referencia al *cunnilingus*?

Lo primero que hay que señalar es que del hecho de que en un período histórico no haya referencias a una práctica no se puede inferir que no se haya llevado a cabo, o que dicha industria humana haya estado ausente de los deseos. Considérese la historia de la vagina o *cunnus* en el cristianismo. ¿Suena extraño verdad? Pero de hecho los cristianos han fantaseado con la vagina tanto como con el fallo. Las famosas custodias, la iconografía de la virgen, ¿qué son sino un puro y simple símbolo vaginal? Suele representársela envuelta

Diccionario periódico

Hay lectores juiciosos del diccionario. No se conforman con las novelas, los cuentos, los discursos, los poemas, los clasificados de prensa. Quieren palabras sueltas. Son científicos, buscan especies, salvan expresiones, retratan vejees, descubren especímenes. Algunos se han acercado a nosotros para entregarnos cada tanto una colección de voces que merecen la pequeña vitrina del museo olvidado. Estaremos haciendo

entregas periódicas de palabrejas recónditas para que nuestros lectores las puedan admirar, escribir y hasta gritar cuando sea necesario. En este museo las piezas de exhibición se pueden manosear y hasta usar como insulto audaz y riguroso. Comenzamos con una colección para deleitar a los pocalucha, para divertir a los buenavida y dar algo de mascar a los gorriones. Todo muy corto, no esperamos grandes esfuerzos.

gambalúa

Quizá del vasco *ganbelua*.
1. m. coloq. Hombre alto, desgarbado y dejado, inútil para el trabajo.

gandumbas

1. adj. coloq. Haragán, dejado, apático. U. t. c. s.

gandul², la

Del ár. hisp. *gandúr* 'truhan', este del ár. clás. *gandar* 'mimado', y este del persa *gandār* 'de un color particular'.
1. adj. coloq. Tunante, holgazán. U. t. c. s.

hobachón, na

Del aum. de *hobacho*.
1. adj. Dicho de una persona: Que, teniendo muchas carnes, es de poca energía para el trabajo.

holgachón, na

De *holgar*.
1. adj. coloq. Acostumbrado a pasarlo bien trabajando poco.

mamalón, na

Der. de *mamar*.
1. adj. Cuba y P. Rico. Holgazán.

mandria

Quizá del it. *mandria* 'rebaño'.
1. adj. Apocado, inútil y de escaso o ningún valor. U. t. c. s.
2. adj. Ar. Holgazán, vago. U. t. c. s.

vainazas

Der. de *vaina* 'persona irresponsable'.
1. m. y f. coloq. Persona floja, descuidada o desvaída.

vivales

De *vivo* y *-ales*.
1. m. y f. coloq. Persona vividora y desaprensiva. U. t. c. adj.

Esta entrega se hizo gracias a las lecturas de Jorge Arango

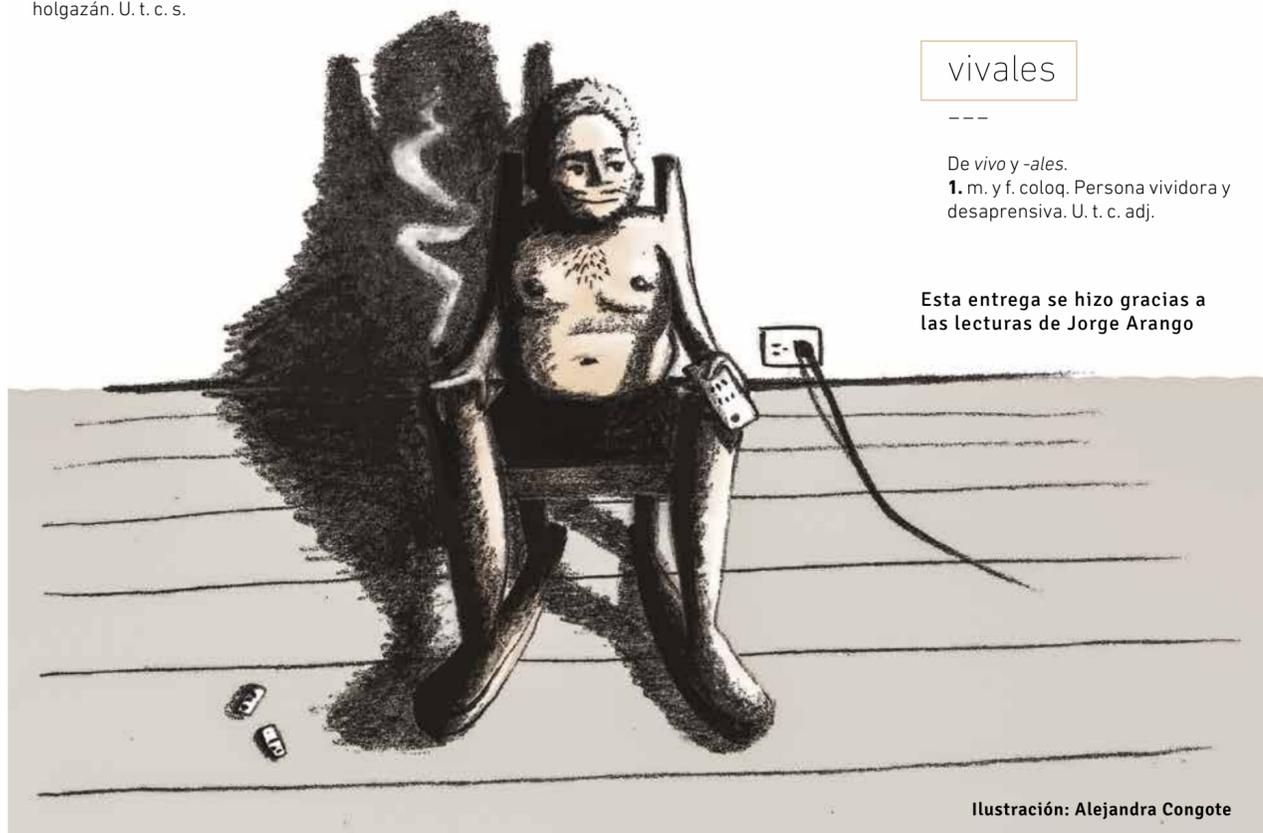


Ilustración: Alejandra Congote

UNAULA cincuenta años en la 10° Fiesta del Libro y la Cultura de Medellín

Celebramos cada día un libro hecho para vos... Fondo Editorial UNAULA

Sábado 10 de septiembre
 6:30 p.m. Salón Iberoamericano del Libro Universitario / Auditorio Planetario
 Cincuenta años de la novela *Paradiso*, de José Lezama Lima. **Presentación del libro José Lezama Lima / Universo Poético** [Serie Cuadernos de Cultura Latinoamericana].
 Presentan **Narciso Hidalgo y Enrique Patterson**
 Convoca: UNAULA

Lunes 12 de septiembre
 5:00 p.m. Salón Humboldt. Jardín Botánico
Lanzamiento del libro El hijo de Loth, de François-Paul Alibert.
 Presentan Juan David Piñeres Sus y Alexander Hincapié García.
 Convoca: Ediciones UNAULA

Martes 13 de septiembre
 5:00 p.m. Salón Humboldt
Lanzamiento del Libro Cine y Derecho, de Benjamín Rivaya *et al.*
 Presentan Memo Anjel, Armando Estrada, William Cerón, José Fernando Saldarriaga, Martín Agudelo
 Convoca: Ediciones UNAULA

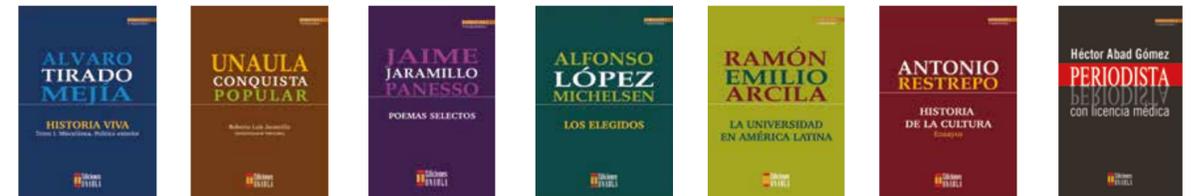
Martes 13 de septiembre
 8:00 p.m. Auditorio Salón del Libro Infantil y Juvenil. Jardín Botánico.
Lanzamiento del libro Historia de la Cultura. Ensayos de Antonio Restrepo.
 Presentan Luis Javier Ortiz, Alberto González y Gloria Arango.
 Convoca: UNAULA

Miércoles 14 de septiembre
 5:00 p.m. Salón Humboldt
Lanzamiento del libro Mirada de Ciudad de Darío Ruiz Gómez.
 Presentan Juan Luis Mejía y Stella Salazar.
 Convoca: UNAULA

Jueves 15 de septiembre
 5:00 p.m. Salón Humboldt
Lanzamiento del libro Historia viva de Álvaro Tirado Mejía.
 Presentan Alberto Velásquez Martínez y Álvaro Tirado Mejía
 Convoca: UNAULA



Viernes 16 de septiembre DÍA CLÁSICO DE LA UNIVERSIDAD
 6:00 p.m. Auditorio Rafael Uribe Uribe, UNAULA. Entrega de la Colección Fundadores



"Le véritable voyage de découverte ne consiste pas à chercher de nouveaux paysages, mais à avoir de nouveaux yeux."
El único verdadero viaje de descubrimiento consiste no en buscar nuevos paisajes, sino en mirar con nuevos ojos.
 Marcel Proust (1871 - 1922)
 Ecrivain français, auteur du roman "À la recherche du temps perdu"

Descubre, aprende y disfruta en francés!
 Découvrez, apprenez et amusez-vous en français

Síguenos   **444 2620**
 medellin.allianzafrancesa.org.co 

EMBUTIDO ARTESANAL



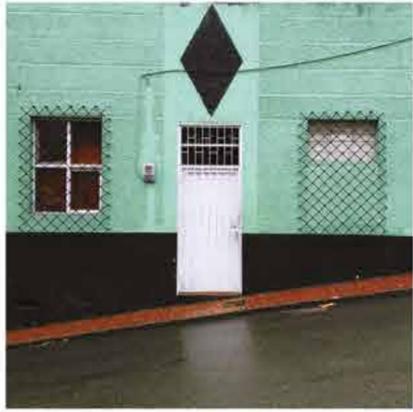
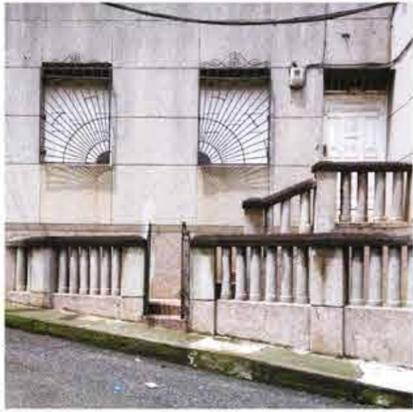
Itaica

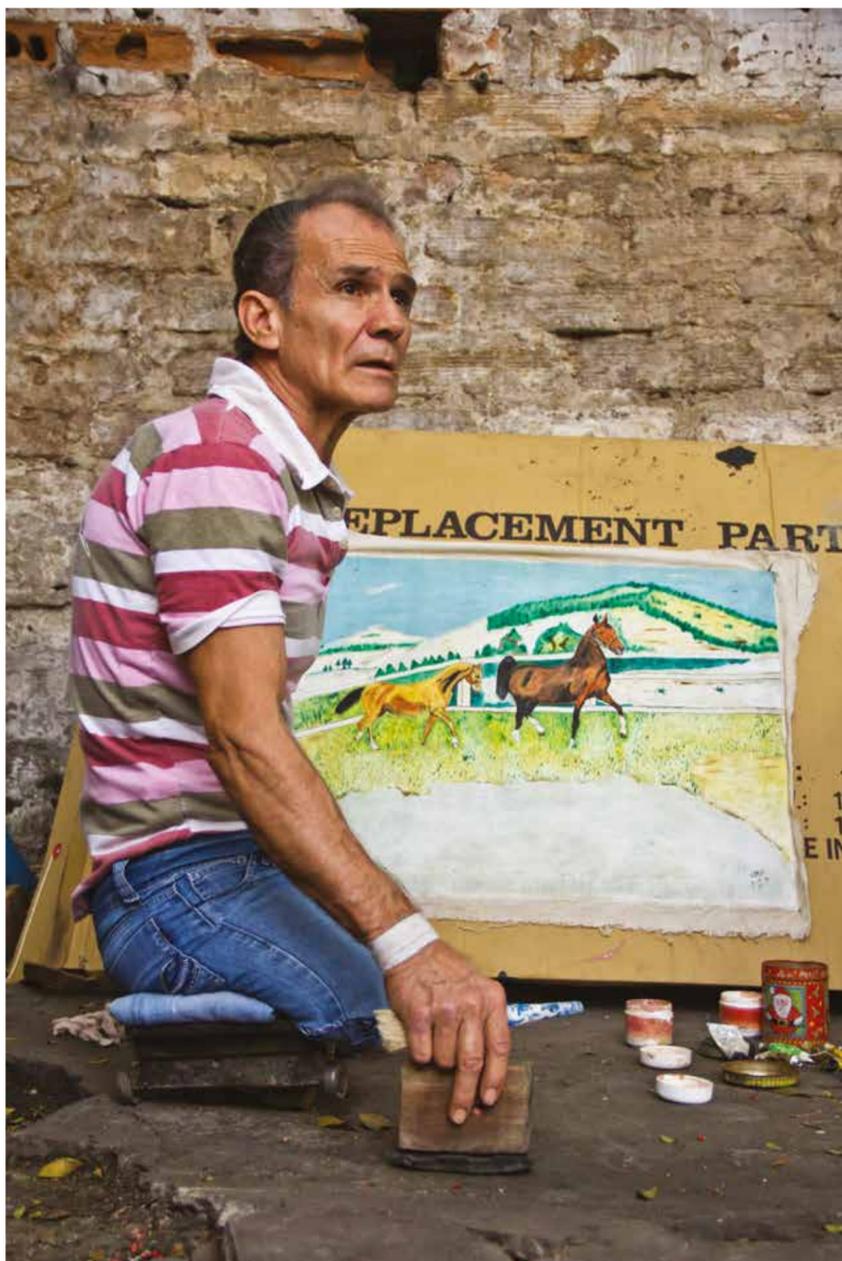
GASTRONOMIA PERSONALIZADA
 Encuéntranos también en el Teatro Pablo Tobón

"El mar y los árboles son como el alma después de la muerte"
 Ethel Gilmour.

El pueblo y el guayacán florece en nuestra Sala Cundinamarca. Visita nuestra **Consentida**.

MUSEO D ANTIOQUIA





SACHA

“Es lo mismo caer que quedar colgando”.

por JUAN DAVID ESCOBAR

Fotografías: Carlos Esteban Orozco

¡Usted sabe lo que es que un carro de esos, con todo ese tonelaje, se le venga a uno encima y empiece a doblarle la espalda y a comprimirle el hombro! ¡Eso es miedo hombre! Y mis piernas enredadas, y así amasadas, y para acabar de ajustar el carro en llamas. Yo no perdí el conocimiento, sino como que perdí la noción de todo porque la candela me acosaba, y a los que nos trataban de rescatar y medio alcanzaba a ver por esas ventanillas yo les gritaba que me mataran. Duraron más de cuatro horas sacándonos, levantando todo eso, sacando todos esos bultos. Ese carro no lo apagó nadie, eso se apagó porque yo me encomendé a Dios. Recé para no morir quemado del todo. Donde el carro no se hubiera incendiado, yo no hubiera perdido los pies. Los pies salieron enteros, pero carbonizados. Yo, en medio de todo, esperaba desangrarme, y los médicos me dijeron que no me desangré porque la candela cauteriza las venas.

El caso es que el muchacho se mató, yo quedé inválido. Y hasta ahí llegó la juventud y el viaje para Australia, y me tocó llevar esta vida.

II

¿Por qué me llaman Sacha? Porque en los años sesenta había un artista que se llamaba así: Sacha Distel. Cantaba una música muy linda, unas canciones muy lindas. Búsquelo en internet: Sacha Distel. No sé si era ruso. Me decían que físicamente me parecía a él, y me gustaban sus canciones. “En casa de Irene se baila y se bebe. En casa de Irene te quiero encontrar. Días crueles y fríos, y yo suspiro, por ti”.

Yo soy de Manrique, nací el 26 de mayo del cincuenta. Soy el cuarto de seis hermanos, dos hombres y cuatro mujeres. Hice dos meses de cuarto bachillerato en la UPB, y ya no quise más.

Me volé de la casa en el año 62, a montar llantas por allá en Caucasia donde un primo. Me devolví como a los seis meses con anemia y un paludismo el berraco, ¡llevo!

Entonces ya me tuve que poner a trabajar. Fui chofer hasta los veinte años, de los buses pa Manrique. De esos choferes titinos. Muy incompentado, zapatos blancos estilo italiano. A mí solo me gustaba calzado italiano. Yo fui muy pinchado hermano.

¿A dónde lo lleva a uno la vida? Mira cómo se reduce de tamaño a la vuelta de la esquina.

Yo medía un metro ochenta y dos. Y ahora mido... ¿qué? Uno con ocho, o uno con diez, o uno con doce.

III

Los camiones me quitaron los pies, fue una catástrofe. Y hoy con más pasión quiero los carros. Y si son de esos viejos, más pasión y amor me causan. ¿El más hermoso? El V82, que era un doblero, esos carros vinieron para las empresas públicas acá o para el cuerpo de bomberos. Eran carros elegantes, hermosos. Tenían una cabina hermosa, pues, para la época, ahora hay naves muy sofisticadas; pero no, me llaman la atención son esos carros

viejos. Los que tenían esos guardabarras así volados, del modelo 56 hasta el 64 y no más. Yo oía subir esos carros por la 45 pa arriba, eso era cosa de otro mundo, como oír una nave espacial.

No era por necesidad. El amor a los carros es por romanticismo. La gente veía esos carros empantanados, y todos encantados, y un camionero que venía de la costa era un berraco, y las peladas lo saludaban a uno. Sí, era como romántico.

IV

Pensaba en el suicidio. No me hallaba. Yo que fui hasta modelo de una fábrica de camisas. Una juventud bien linda donde gané varios campeonatos bailando pasodoble, y ya dízque sin piernas. ¡Dios mío! ¿Esto qué es ome? A mí me parecía que todo era un sueño. La pérdida de un miembro, la persona que lo pierde sabe. Yo he visto muchas personas que porque van perdiendo el pelo se matan. Si no que Dios, no sé, le va dando valor a uno, a medida que uno va viviendo se va llenando de valor. Y en la casa no se pusieron con consentimientos conmigo. Mi mamá era muy seca conmigo y mi papá también.

“No, no, no, hágale como un hombre de aquí en adelante. Recuerde que este mundo se hizo para los valientes”. Esas palabras me taladraron. Mamá me estructuró muy bien, porque mamá era una montañera, pero psicológicamente era una mujer muy tesa. No lloraba por nada. Yo creo que donde mamá hubiera sido un macho, ¡ay fuepueca! Hubiera sido un militar.

Mi papá tenía plata, por eso no tuvo en buenos colegios y buenas casas. Él fue negociante. Hizo billete en la época que no habían mafias ni nada. Todo era derecho. Unos montañeros de racamandaca. Yo tuve muchas oportunidades de estudiar, hasta después de inválido. Pero no, yo enfocado siempre en estos aparatos. Me gustaba otra vuelta: las máquinas. Entonces mamá me vio una vez contando plata y me preguntó: “¿Esa plata de qué es?”. “Con los camioneros, amigos míos, tomamos trago, me dieron trago, y me dieron platica”, le dije. “No, no vas por donde es, eso se tiene que acabar. Es mejor loco que lo admiren, no que le tengan lástima”. Entonces papá me puso a trabajar relojería. Cuando eso los relojes no eran electrónicos, eran de cuerdas. Eso

traía una mano de piñones por dentro. Yo le cogí amor a eso, porque eso era mecánica. Me identifico con la mecánica, yo no me identifico con más nada.

V

Trabajé un tiempo la relojería. Y esa niña comenzó a pasar por ahí, y por la casa. Yo me casé como cuatro años después de estar inválido, con esa niña de Manrique, que no tenía ni dieciséis años. ¡Otro infanticidio! Fue un proceso duro, entre peleas y cosas, pero duramos catorce años, y pudieron ser las travesuras mías, pero esa mujer se me voló de Urabá con dos niñas mías. Y hasta el sol de hoy. Hace cuatro años me dijo un man de por allá del Centro que una de esas muchachitas es doctora. Yo pienso, viví catorce años con ellas, ellas se fueron ya criadas, y si ellas no se dan cuenta qué sacrificios hice yo, que sean doctoras, que sean lo que les dé la gana, que sigan su camino, yo sigo el mío.

Eso lo sé yo. A mis hermanos hace 28 años que no los veo, y tan hermanos que fuimos. Están en Australia y saben en qué condiciones estoy y ni unas saludes ni nada. Ya lo dijo Palito Ortega: “Gracias señor tiempo, porque

con tu magia dejas en la nada, muere en el olvido, el dolor, que soportando mi alma soportando está...”. El tiempo va borrando todo. ¡Todo!

Haciendo las cuentas fueron como dieciséis hijos. Con la que más duré fue con la pelada con que me casé. Y tuve un hijo con la hija del alcalde de Cartago. Tuve un hijo por allá en La Guajira con una india zarca. Y unos hijos con unas muchachas que eran sirvientitas en la casa. Y a las muchachas coperitas de bares de carretera les metía su pelado también. Un chofer de carretera es como un marino. Ese nunca sabe para dónde va, ni donde se va a quedar o si se pierde en altamar. Los choferes eran muy mal vistos, y más los de carretera: vagabundos, irresponsables, tomatrigo. Y todo eso tiene mucho de cierto.

VI

Vivíamos en Prado. Mi papá ya había perdido toda la plata porque vendió todo y la metió en Furatena, una pirámide de unos mafiosos. Ciento cuarenta millones se perdieron ahí. Papá se desviruló todo, no aguantó esa tacada. Y empezó el hogar económicamente pa atrás, pa atrás,

se man me entregó el carro en Caucasia, y yo lo traía. ¡Ta! ¡Ta! ¡Ta!... Y subiendo, después de Puerto Valdivia pa arriba, en la cuarta curva, seguí derecho. Amanecidos y llevados. ¡Dormidos! Imagínese que de la salida de la carretera hasta que se estrelló allá abajo, fueron unos, póngale, seis segundos. ¡Tan! ¡Tan! ¡Tan! ¡Tan! ¡Tan! ¡Tan! Hasta que cuente seis u ocho segundos.

Íbamos en un camión inmenso, grande. Llanta 1200. Rin 24. Era un Internacional R210. Lo más grande para carga en esa época. Nosotros traíamos dieciocho mil kilos de cemento. ¿Y usted sabe qué son dieciocho mil kilos? Hacía seis días habíamos salido de Barranquilla, estábamos en un invierno no miedoso. Por esos días octubre sí era igual a invierno. Ese 10 de octubre, me parece que era un jueves ¿o sábado? Ya no sé. Era 1970. Bajamos tumbando árboles y de todo, y con ese peso encima. Yo me reventé la boca con las ramas y pensé: ¡Dios mío bendito! Y seguía sembrado en el freno. ¡Cuál! ¡Pa abajo! Era como si se estuviera viniendo una catedral o un edificio encima. Dieciocho toneladas de cemento atrás de uno. ¡Más lo que pesa ese camión! ¡Aaaahhh!

¡Cómo es la vida ome! Yo estaba trabajando por una calle que se llamaba el Fundungo. Esas son calles que ya desaparecieron. Estaba trabajando mecánica allá, y entonces llegó aquel muchacho, Jairo Berrío, amigo mío y un tipo berraco, con ese camión: “¿Quiubo loco, entonces nos vamos a ir pues?”.

Llegó a las ocho de la noche, yo estaba subiendo una caja a un bus. Me acuerdo patético. Un bus de Prado Brasil. Le dije: “Nonono loco. Yo tengo todo listo para irme para Australia, no, no, no, solo falta el pasaporte que me lo mandan de Bogotá, y listo”. Ome, y me convenció: “Camina güevón, no nos demoramos”. Yo que no y el que sí. Y a lo último sí.

La idea era llevar catorce mil kilos de varillas a Barranquilla. Nos fuimos en ese pedazo varados, ¡varados! Yo casi que me le devuelvo en Puerto Valdivia. La carretera toda destapada, los tragadales más horribles de la vida. Imagínese que en un camión se cargaba pala, pico, cadena y tablas. Eso era como si fuera uno para una guerra.

De ahí nos fuimos a Santa Marta a cargar un viaje de arroz, a meter ese carro a un barco, a un trasatlántico que había estado descargando yo no sé cuántos miles de toneladas de arroz. Sacamos unas dieciocho toneladas de arroz pa llevarlas a Barranquilla, y en el setenta no había puente ni nada, tocaba en ferri. Yo le dije, “ay no, vámonos hermano, no hagamos más viajes aquí, vámonos, es que de pronto ya llegó ese pasaporte”. Y precisamente el mismo día que me fui llegó ese bendito pasaporte. ¡Cómo es la vida!

Donde caímos era un abismo como de cien metros. Paró porque ahí sí tenía que parar. Eso no hubo tiempo de nada. Ni de llorar, ni de suplicar, ¡ni de nada!

Cuando eso se estrelló allá abajo ese muchacho estaba partido a la mitad. ¡Yo no sé qué lo partió! No sé qué lo partió a la mitad. ¡Por Dios sagrado! Partido a la mitad sinceramente.

Yo enredado en todo eso con los pies así, amasados, y eso hizo ¡fúuu! Y estalló en llamas.





sea. ¡Lo que sea! Y yo soy muy malicioso, y soy muy práctico, yo soy geminiano, tengo un desenvolvimiento miedoso. Muy hábil. La gente se queda aterrada: “¿Cómo es que hacés tanta cosa, güevón?”. Es por naturaleza.

Suena increíble, pero le trabajé gratis doce años. Y en esa época vinieron mis hermanas de Australia ¡lleবাদas! Hicieron vender lo último que teníamos. Le dije a mamá: “No venda la casita. ¿Cómo nos vamos a quedar sin casa?”. “Usted es muy egoísta. Esto lo vamos a invertir en el eje cafetero, y por ahí nos va ir muy bien”, fue la sentencia de mamá.

Pues dicho y hecho, le hicieron vender la casita y quedamos nadando por ahí, y preciso fue cuando me echó este man del taller. Todo mal. ¿Yo pa dónde me voy? ¿Pa dónde? Me fui para la autopista Medellín-Bogotá. ¡La berraquera! Llegando a Doradal monté un taller, con herramienta linda y todo. Y cuando estaba bien plantao y bien bueno, se prendió esa violencia y nos mandaron unos panfletos: que había que desocupar eso. A la brava.

Otra vez volver a Naranjal... A dormir en una volqueta. Y después me fui a cuidar un taller, pa allá abajo, y después una piecita acá, y otra pieza allá y viví en un camión que lo dejaron muchos años abandonado.

VII

Yo por eso no uso silla, para que no me de rabia. ¿Vos crees que con una silla de ruedas puedo subir por todas partes? Tengo que decirle a alguien que me empuje, y eso no no no, no me gusta. Si usted me quiere ver ofendido, regáleme una silla de ruedas. Regáleme más bien dos balazos y se los recibo.

Este ranchito se construyó cuando yo viví en un furgón, y el dueño dizque iba a venir a darme bala porque lo iba a dañar. ¡Sabiendo que eso a lo último quedó tirado! Antes de que eso sucediera, conseguí estas tablitas, y estas laticas me las regaló otro amigo. Y como estaba muy enfermo de los hombros, los manguitos rotadores se me acabaron de

vagabundiar de tanto subir y bajar. Por eso en la casa todo es rastrerito.

En esta estiba, que es pequeñita, aquí pongo un colchoncito encima y mantengo mis coroticos allí organizaditos. Y aquí tengo la comida y la cocina, y un fogoncito que yo tenía guardado. Y tenemos agüita gracias a Dios, y energía, y pues ahí se defiende uno.

VIII

Y yo pinto, pinto cuadros. No da plata, pero me tengo que pegar de algo para disimular que estoy triste, que estoy acojonado, para eso es. Se me olvida que estoy mocho, que no tengo nada en la vida, que estoy viejo, que tengo estos hombros vagamundiados. Ahora, 46 años después, la pérdida de los pies está superada. Pero a los dos meses, ¿vos qué crees que yo quería? Morirme. Hoy mismo si me ofrecen que me ponen otras patas de otro loco que en Rusia las donó, yo les diría que no, porque ya eso me estorbaría. La costumbre hace ley.

Hace años, muchos años, me tomé la última cerveza. Ni vino de consagrar ya. Me mantengo muy mal del corazón. No puedo comer fritos, ni chicharrón ni grasa. ¡Nada! El afán mío es conseguirme una pendejadita para hacerme algo de comer. Soy un tipo muy práctico, me gusta un pantaloncito aunque sea remendado, pero aseado. Me gusta mucho el aseo, el juicio y el orden.

Nunca llegué a nada. Como pintor no llegué a nada. Como músico tampoco. Ahora es que veo las locuras mías: no hice nada, no alcancé a nadie nunca. No hice sino pescar una invalidez.

¿Una canción que resuma mi vida? Claro, la de Manolo Galván: “Yo tengo amores por ahí, tengo un perro sin collar, y camino por el mundo. Sé comer frutas sin pagar, beber vino con mendigos, y charlar con pajarillos. Yo que soñé ser ruiseñor y hoy me puedo acostumbrar a vivir de cualquier forma. Yo que soñé ser ruiseñor y cuando empecé a volar se me fue haciendo de noche. Yo que soñé ser el mejor, hoy me puedo acostumbrar a vivir de cualquier forma”. ©



Gracias al impulso que EPM le ha dado a la movilidad sostenible en la ciudad, más personas pueden ayudar a cuidar el medio ambiente

Que puedas respirar un mejor aire contribuye a tu calidad de vida



pa atrás. Ahí nos pasamos a Conquistadores. Me tocó salir a pedir trabajo por ahí. Papá enfermo y mamá con una osteoporosis, y yo sin mujer, sin nada, entonces ahí fue cuando vine al Naranjal y le pedí trabajo a ese señor.

Si hoy en día marginan a un inválido, hace 32 años mucho más. Yo anduve mucho en silla de ruedas, con pies ortopédicos y todo. A mí me preguntaban si era el dueño de ese taller, por lo elegante que venía. Pero nada, yo trabajaba gratis. Fue la única manera de que me diera trabajo. Y yo he tenido mucha habilidad, porque no estoy mal de la columna. Yo ponía un banquito así, para subirme al Pegaso. ¡Pam! ¡Pam! Y ya estaba arriba. Yo le bajaba las culatas, y que hay que bajar la bomba de agua, que hay que bajar el radiador, que la bomba de inyección, lo que



El viejo mundo nos trae un nuevo oro, sus destellos dignificarán el final de la jornada.

EL EXCESO DE ALCOHOL ES PERJUDICIAL PARA LA SALUD
PROHÍBASE EL EXPENDIO DE BEBIDAS EMBRIAGANTES A MENORES DE EDAD

3 CORDILLERAS



Junín con La Playa, 2015. Archivo Biblioteca UR.



La Plaza de la Independencia. Día Imaginario. Archivo Biblioteca UR.

Plaza Crescencio

Cada vez que se menciona la posibilidad de un cambio para el Centro de la ciudad aparece la voz de los inventores, el siglo de los empresarios y el espejo de los urbanistas. En algunas ocasiones logran armar un coro común y en otras un rumor incomprensible. Los primeros proponen un cambio definitivo, subestiman la calle y rayan con entusiasmo sobre el papel, quieren volver a empezar, superponer un mapa ideal al recorrido diario de los ciudadanos. Para los grandes cambios muchas veces utilizan el espejo de los urbanistas que traen un modelo recién compilado desde Curitiba, Barcelona, Londres o Bilbao. Y entonces comienza la clase. Llegan un consultor a conocer la ciudad y a proponer los hitos con un legajo bajo el brazo. Consulta con algunos lugareños, identifica cuatro hitos claves y deja sus conclusiones tan llamativas como imposibles. Al lado, atentos, están los empresarios buscando algunos importantes desarrollos para la vivienda o el transporte, por decir algo, unas torres de apartamentos cerca de la vieja Estación Villa o de la Plazuela de Zea. De ese modo se le da un toque de revolución cosmopolita y apoyo privado al cambio público.

En ocasiones puede resultar más útil atender algunas propuestas puntuales basadas más en nuestro pasado que en las ciudades del futuro. Una de esas propuestas sencillas para espacios patrimoniales del Centro está en el libro *Medellín, el alma del centro* de Luis Fernando Arbeláez y Pedro Pablo Peláez. La idea es lograr que uno de los "cruces de caminos" más importantes de la ciudad, una encrucijada con historias variadas y flujos tan antiguos como la Villa, tenga un espacio para detenerse, para las pequeñas congregaciones, para las citas más allá del semáforo, para que una esquina sea una plaza. El cruce es el de Junín con La Playa, donde han estado los referentes de comienzos y finales del siglo XX en Medellín (Teatro Junín y Edificio Coltejer), donde estuvo el Café La Bastilla que agrupaba a artistas (desde Carrasquilla hasta Barba-Jacob) desobedientes y trasnochadores de toda laya. Está también la ringlera de edificios que subsistieron a la almádana y marcaron la industrialización de la ciudad, Edificio Gran Colombia, Luciano Vélez, San Fernando y La Bastilla. Y para quienes prefieren homenajes e hitos más sencillos, simples recuerdos de un rumor de ciudad, ahí cerca está la esquina donde se sentaba Crescencio Salcedo a tocar y a vender sus flautas de millo.

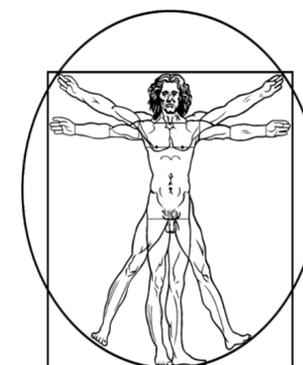


1. Iglesia Nuestra Señora de la Candelaria
2. Edificio Constaín
3. Edificio Central
4. Edificio Vélez Ángel
5. Edificio Fabricato
6. Edificio San Fernando
7. Edificio La Bastilla

La idea es tumbar el antiguo edificio Parisina, una famosa venta de telas hasta la década del setenta, hoy ocupado por una tienda de Ragged y sin valor patrimonial, y abrirle espacio a la plaza que los autores del libro proponer llamar de La Independencia. Desde aquí preferiríamos uno menos institucional, menos propenso a los discursos y a los desfiles y más cercano a los gestos de Crescencio y del combo del Café La Bastilla. Como fondo y principal emplazamiento quedaría el Edificio Fabricato, otro de los referentes de una época ahora tapado por la tienda de Ragged. Tal vez Junín y La Playa merezcan una escala, un pequeño fondeadero ante el flujo entrado de la Santa Elena y el tránsito de buses y carros sobre La Playa. Sin duda haría más lenta y más interesante la caminata entre el Parque Bolívar y el Parque Berrío. A juniniar con vitrina pública.



Crescencio Salcedo en Junín. Tomada de cumbiapoder.blogspot.com.co



VICTOR AGUDELO E.

Medicina alternativa

Manejo del dolor agudo y crónico

Citas: 321 696 3676
vagudelo@hotmail.com

lenteja
express
Hamburguesería vegetariana.

CUANTAS VECES TE ALIMENTAS BIEN?

10% OFF

Presenta este cupón para un descuento en nuestro nuevo punto de venta en Envigado.

Domicilios
Envigado 596-8890

www.lentejaexpress.com.co

310-8454059

LOS MONSTRUOS DOBLES



Pierre Boaistuau, *Historias prodigiosas*, 1560.

En 1880 aparece en Francia el libro del doctor Ernest Martin *Historia de los monstruos. Un recuento temprano de la teratología, la ciencia de los monstruos. La obra describió aspectos tan importantes como los tratados científicos de la época, además de narrar en detalle las leyendas, las creencias y los mitos que transformaban las deformidades en monstruos de fábula. Desde la Antigüedad el monstruo no solo fue el objeto de las leyes divinas y humanas que decidían su derecho a vivir, también fue protagonista del espectáculo y el tumulto cruel de los curiosos durante su exhibición. Presentamos una pequeña colección de engendros encerrados en el capítulo "Los monstruos famosos", tomado de la primera edición en español publicada en Medellín por Epistemonauta (2016), con el apoyo de la librería Exlibris.*

traducción de RODRIGO ZAPATA

Uno de los más famosos es descrito en un texto muy interesante de uno de los historiadores más conocidos de Escocia, que también era uno de los mejores poetas. Este monstruo nació bajo el reinado del rey Jacobo IV: en su parte inferior se componía de un solo cuerpo que, a partir del ombligo, se bifurcaba y daba nacimiento a dos pechos, dos pares de brazos y dos cabezas: el rey los tomó bajo su protección y los educó. Cuando crecieron les asignó maestros. Gracias a su inteligencia, su instrucción aumentó de forma notable. Aprendieron muchas lenguas. Además, estaban afortunadamente dotados para la música, donde se destacaron. Sus deseos eran opuestos algunas veces y de esto resultaban pequeñas querellas que no dejaban de ser muy divertidas y que, por lo demás, nunca tenían consecuencias graves. Murieron a la edad de veintiocho años. Berger de Xivrey, según una traducción del historiador Buchanan, dice que transcurrieron muchos días entre sus muertes. De otro lado, Isidore Geoffroy Saint Hilaire, quien relata el mismo hecho, dice que perecieron solo con algunas horas de diferencia. Nos parece que esta última versión es la más plausible.

En 1701, en Szony, ciudad de Hungría, una mujer dio a luz dos gemelas unidas por la pelvis. Recibieron el bautismo con los nombres de Hélène y Judith. Sus padres las exhibieron en todas las grandes capitales de Europa. Le inspiraron a Pope estrofas muy sentimentales. Su inteligencia era destacable y habían aprendido con facilidad muchas lenguas. Su dualidad afectiva no era dudosa e incluso se traducía en discusiones que algunas veces degeneraban en luchas: había pues intercambio de golpes cuyas consecuencias nunca podían ser muy serias. A pesar de sus largas peregrinaciones y de los numerosos exámenes a los que fueron sometidas por los sabios de la época, fueron menos favorecidas que las Agripinas y no aumentaron la fortuna de sus padres. Además, hacia los diez

años aceptaron la protección del arzobispo de Strigonie y se refugiaron en un convento de Presbourg. Judith, que desde la edad de seis años estaba paralizada de un lado, se debilitaba cada día. Su inteligencia se volvía cada vez más obtusa. Por último, al cabo de un año fue golpeada por una afección grave de los pulmones. El peligro parecía inminente y se apresuraron a administrarle los últimos sacramentos al mismo tiempo que a su hermana, que continuaba saludable. Sin embargo, a fuerza de atenciones y cuidados, lograron curarla. Tres años después, fue atacada por la misma enfermedad, pero esta vez le sobrevino una complicación muy grave y muy pronto su estado no le dejó más esperanza. En efecto, la enfermedad le había invadido el cerebro. Hélène no tardó en perder sus fuerzas y ambas expiraron más o menos en el mismo momento.

A comienzos del siglo XIX, los periódicos ingleses hicieron un gran escándalo por la llegada de un monstruo nacido en 1804 en una ciudad de la India. Estaba constituido por dos gemelas unidas de tal manera que se oponían frente a frente. Su fusión afectaba casi toda la región lateral de cada cuerpo. Así pues, desde el nacimiento estaban condenadas a una casi inmovilidad. Afortunadamente estaban dotadas de una gran vivacidad y lograban torcerse de tal modo que podían caminar sin mucha dificultad o sin molestia recíproca.

Demos ahora los principales detalles sobre el monstruo que nació el diez de marzo de 1829 en Sassari, pequeña ciudad de la Cerdeña y que fue llevado a París durante el mes de noviembre del mismo año. Tenía entonces ocho meses. Excitó mucho la curiosidad de los sabios, que lo sometieron a frecuentes exámenes. Además, es muy probable que la necesidad que tenían sus padres de prestarlo, para ganarse la vida, no fuera ajena al fin prematuro de estas dos pobrecillas. Sus ingresos hubieran sido más fructuosos si los hubieran podido exhibir en público. Pero, menos afortunadas que otros,

se les negó la autorización por la policía de entonces. Sus recursos se agotaron poco a poco y descendieron a tal estado de indigencia que no pudieron mantener caliente el cuartucho donde vegetaban. Cada vez que un visitante se presentaba exigía naturalmente que se descubriera el monstruo. La remuneración dependía de esto y nunca se negaba. Pero un día Rita se resfrió, la fiebre la abrazó y exhaló su último suspiro al cabo de tres días de una agonía contra la cual los pobres padres no pudieron hacer nada. Christina había corrido la misma suerte que Eng, la mitad del monstruo siamés cuya historia contaremos más adelante. Durante todo el transcurso de la enfermedad de su hermana había conservado el vigor, la salud y toda su serenidad. Como Eng, murió casi al mismo tiempo.

Entre los monstruos más recientes y cuya historia ofrece algunas particularidades que vale la pena describir, encontramos el pigópago (monstruo doble, soldado por las nalgas) del cual el señor Broca disertó en la Sociedad de antropología en 1873. Fue designado con el apelativo de Ruiseñor con dos cabezas, el cual es legítimo, pues Christine y Milie eran excelentes músicas. La primera poseía una voz de soprano muy amplia y la segunda fue una contralto destacable.

Nacidas en 1851 en un pueblo del condado de Columbus dependiente de Carolina del Norte. Su madre era negra y su padre, mulato. Además, su tez estaba fuertemente coloreada. Tuvieron muchos hermanos y hermanas muy bien conformados. Aparte de la fusión completa de las dos pelvis que formaban una muy considerable, a su cuerpo no le faltaba ninguna parte. Su estatura era pequeña, sus miradas afables, sus fisonomías expresivas y denotaban inteligencia. Hablaban muchas lenguas con soltura. Ella sostenía un diálogo en inglés, la otra podía conversar en alemán, lo que es un indicio cierto de su dualidad moral. Se cuidaban muy a menudo la una a la otra y, fuera de algunos ligeros desacuerdos, la más grande armonía fue la regla habitual de esta indisoluble pareja.

Todos los científicos que intentaron dirigir sus investigaciones del lado de la región fusionada experimentaron una resistencia invencible. P. Bert en París y Virchow en Berlín nunca lo lograron. No obstante, no estamos privados en absoluto de informaciones sobre este punto. En efecto, el doctor Townsend asistió a la madre cuando parió las dos gemelas y esto, parece, con prontitud y facilidad. Ahora bien, este médico afirma que la fusión llega hasta el útero. Muy recientemente el doctor Pancoast emitió la opinión de que los órganos sexuales son simples. Sin embargo, este no es el punto de vista del doctor Ramsbotham, según el cual existirían dos úteros y dos conductos bulbares distintos. Así pues, estas observaciones han conducido a resultados contradictorios que no carecen de interés para la medicina oficial.

La que más ha despertado la curiosidad del público en los últimos años se conoce con el nombre de Blanche Dumas. Esta joven, que nació el 25 de abril de 1860 en Segry, pequeña localidad situada cerca de Issoudun, departamento del Indre, llegó a París hacia 1877, después de haber recorrido distintos países de Europa. Desde la cabeza hasta la mitad del cuerpo, Blanche estaba normalmente constituida: era rubia, sus rasgos muy regulares, fisonomía afable, su expresión denotaba una inteligencia menos que ordinaria, pues nunca pudo aprender a leer completamente. Parece haber llenado esta laguna con una gran habilidad para coser.

Su monstruosidad consistía en lo siguiente: entre las dos piernas normales se percibía un tercer miembro que, aparte de una ligera deformación del pie, no difiere del miembro abdominal derecho. Así, tenía una pierna izquierda y dos derechas. Al lado de esta pierna supernumeraria existía el rudimento de un cuarto miembro frente al cual se exponía un seno. Para Blanche caminar era excesivamente difícil. Callaremos sobre los otros detalles que atañen a los órganos sexuales y que hacen el caso tan interesante como difícil de analizar desde el punto de vista teratológico. Así lo consideraron los científicos que pudieron examinar a Blanche y se plantearon el problema de saber a qué tipo convenía vincular esta monstruosidad que, desde el punto de vista en el que nos ubicamos aquí, es un ejemplo curioso de monstruo doble que, no obstante, tiene las apariencias de un monstruo simple.

Terminaremos esta lista de los más famosos monstruos compuestos con el que alcanzó la fama más universal y se conoció con el nombre de Hermanos Siameses. Hacia 1811, Cheng y Eng nacieron en un poblado situado cerca de Bangkok. Su padre era de origen chino y su madre siamesa.



Nicolas Francois Régnault, *Los desvíos de la naturaleza*.

Cuando nacieron eran de una pequeñez excepcional y presentaban una situación tal que uno tocaba con su cabeza los pies del otro. Era la misma posición que presentaban en el seno materno con el fin de ocupar el menor espacio posible. Durante su primera infancia, tomaban algunas veces instintivamente esta forma ya sea que durmieran o que se dedicaran a sus juegos.

Una humilde aldea fue la primera en saber de la existencia de este monstruo. Pero un día, el señor R. Hunter, negociante y residente inglés en Bangkok, al oír hablar de él, visitó a sus padres y al verlo, concibió enseguida el proyecto de exhibirlo en diversos países del mundo. Pensaba que podría interesarle a la ciencia y vislumbraba al mismo tiempo una fuente de ganancias.

Así pues, compartió el proyecto con la familia. Esta no quería consentirlo y además le comunicó a Hunter que el rey Chao-pá-yé se oponía formalmente a la partida de Cheng-Eng. Volvió a su casa decidido a no abandonar su resolución, pero también con la idea de esperar algún tiempo antes de empezar nuevas negociaciones. En efecto, después de algunos años, hizo propuestas más ventajosas que la primera vez. Los padres estaban en una situación muy precaria: no pudieron resistir y después de obtener del rey, su amo, el pasaporte necesario, se separaron de su niño monstruo.

Provisto con su tesoro, el señor R. Hunter se embarcó con destino a Boston, donde llegó en los primeros días de agosto de 1829. Visitó primero al profesor John Ware quien, después de haber examinado con mucho cuidado a Cheng y Eng, consignó el resultado de su estudio en un artículo que apareció en el *Journal des annonces*, en el número del 27 de agosto de 1829.

De aquí en adelante, en posesión de un testimonio procedente de una alta autoridad científica, el señor R. Hunter estaba seguro del resultado de las exhibiciones: su fortuna se estaba agotando. Se dedicó pues con ahínco a pasear de ciudad en ciudad a su fenómeno, y después de dos meses de abundantes ganancias, considerando que la curiosidad del público se satisfacía poco a poco, navegó rumbo a Inglaterra donde desembarcó en el mes de diciembre del mismo año.

Precedido de tan grandes éxitos, podía lograrlos también en este país. Siguió enriqueciéndose y, después de esta segunda y fructuosa campaña, se preparó para ir a Francia. No suponía que allí encontraría un obstáculo para la exhibición de su monstruo. La administración le negó la autorización y, aunque lo intentó, debió renunciar a exhibirlo en público y conformarse con hacerlo examinar en privado por algunos científicos.

Pero este no era su negocio, ni mucho menos el de Cheng y Eng. Además, desde hacía algún tiempo estos recibían malas noticias de Estados Unidos: las inversiones de dinero que hicieron habían fracasado. Así pues, había necesidad de llenar los déficits causados por las desafortunadas especulaciones. En vez de volver a Estados Unidos, que fue lo que siempre deseaban, resolvieron continuar con sus peregrinaciones y, después de algunos viajes en Europa, volvieron a París. Los reveses de la fortuna habían podido repararse en parte. Estaban decididos a volver al país que consideraban su patria de adopción y,

después de algún tiempo de descanso, debían embarcarse definitivamente. Pero su explotador no había perdido la esperanza de obtener en París lo que le habían negado la primera vez. Se dirigió a los científicos para que le resolvieran las dificultades administrativas y, gracias a Coste y a muchos otros personajes importantes del mundo médico, terminó por obtener la tan deseada autorización. Pero no fue fácil, sobre todo sin una estratagema que los mismos científicos no habían sospechado: en efecto, pretendió que deseaba consultar el mayor número de cirujanos famosos con el fin de saber si existían algunas posibilidades para separar a los dos seres que componían el monstruo.

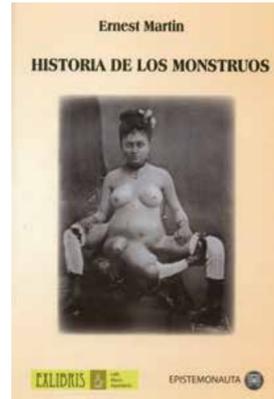
Así pues, tuvo éxito con este recurso extremo. Pero, en el fondo, sabía muy bien que Cheng y Eng nunca consentirían semejante operación. En 1829, el doctor Thomas Harris ya les había hablado una primera vez sobre el tema y no había logrado convencerlos. Por el contrario, había suscitado en Eng una violenta cólera e incluso estuvo a punto de ser golpeado por la más irascible de las dos mitades del monstruo. Cuando el explotador les consultó a Sauvage y Coste sobre este asunto, que solo lo hizo, como lo hemos mencionado, con desinterés y con el único fin de comprometerlos en la solución de la dificultad administrativa, estos dos científicos opinaban que dicha tentativa tenía posibilidades de éxito. Por lo demás, no eran los únicos, pues muchos cirujanos ingleses y estadounidenses habían expresado el mismo sentimiento.

Está completamente comprobado que Cheng y Eng nunca se hubieran decidido a enfrentar los peligros de una operación, es decir, como lo pretendió Isidore Geoffroy Saint Hilaire ¿su resistencia fue

tomada del afecto que sentían el uno por el otro?

Sin duda, existió ese afecto, pero quizás no hasta el punto en que Isidore Geoffroy Saint Hilaire le lleva en su relato, cuando escribe que lo que los hizo rechazar las propuestas de los cirujanos fue más la felicidad que experimentaban constantemente al sentirse cerca el uno del otro que el temor a la muerte. El hábito de esta mutua esclavitud a la que estaban condenadas cada una de sus acciones, incluso las más secretas e íntimas ¿no había acabado por embotar su sensibilidad? ¿Desde su más tierna infancia, cuando se habían formado en esta alianza, un secreto instinto les hacía avizorar que esta solo se podía romper bajo la condición de exponerlos a morir a ambos?

Es realmente conmovedora la pintura que este escritor hace de la armonía que, según él, no dejó de reinar entre ellos desde su infancia. Aquí tenemos el bosquejo de un epitalamio. Los compara con dos instrumentos que resuenan al unísono cuando se hacen vibrar sus resortes. Esta armonía no resulta de la individualidad fisiológica que se puede suponer única en este doble cuerpo, puesto que uno puede sentir malestares sin que el otro experimente la menor indisposición. Su individualidad moral estaba muy claramente separada como lo prueba la expresión simultánea de los sentimientos más opuestos. Mientras que Cheng estaba triste, Eng permanecía alegre. Eng se dejaba llevar por un movimiento de cólera cuando Cheng permanecía calmado. Cheng sostenía una plática cuyo tema era por completo ajeno al de la conversación que Eng sostenía con otra persona. Por último, cuando la muerte sorprendió a Cheng, no le habría producido el más leve trastorno a



Epistemonauta, 2016.

la salud de Eng, si este último solo hubiera sobrevivido algunas horas a su hermano, pero la noticia fatal lo sorprendió sin que hubiera estado preparado y le produjo una estupefacción nerviosa que lo mató súbitamente.

Pero retomémoslos en esta fase de su existencia cuando consideraron que había llegado el momento de terminar con su vida nómada e ir a residir por siempre a su patria adoptiva. Las pérdidas de su fortuna se habían reparado poco a poco. Podían comprar una propiedad, casarse, vivir libres y felices. Se embarcaron entonces hacia los Estados Unidos y llegaron a una localidad llamada Mount Airy, situada en una de las ricas laderas de las montañas Azules.

Allí adquirieron una granja y se establecieron como cultivadores, con el nombre de los hermanos Bunker. Sus gustos muy marcados por los trabajos del campo muy pronto los hicieron agricultores muy expertos. Una vez que lograron una situación muy cómoda, buscaron casarse y contrajeron nupcias con dos hermanas, como si hubieran querido apretar más fuertemente los vínculos que los unían. El destino les fue favorable en este aspecto, pues tuvieron hijos cuyo número llegó a veintidós, todos bien constituidos, robustos y sanos.

En los momentos de ocio que les dejaban sus ocupaciones agrícolas, no tenían un pasatiempo más agradable que entregarse al ejercicio ya sea de la pesca o de la caza. En fin, nada había llegado todavía a perturbar la felicidad de esta interesante familia de la granja de Mount Airy.

Pero un día, un punto negro ensombreció este bello cielo. Cheng fue atacado de congestión cerebral. Después de algún tiempo, se entregó a copiosas libaciones y su intemperancia había alcanzado tales proporciones que tarde o temprano debía llegar a ser su víctima.

La enfermedad no fue mortal, gracias a los asiduos y consagrados cuidados con los que fue rodeado, pero le quedó una parálisis en todo un lado del cuerpo. Advertido por este golpe que hubiera podido matarlo, tuvo la fuerza de corregirse. Se volvió sobrio y después de algunos años solo le quedaban algunos rastros de su hemiplejía. Se le concedieron todavía muchos años de felicidad y nada hacía prever que la hora fatal se acercaba, cuando una tarde, después de una cacería, Cheng, cuya salud nunca fue dotada de la misma resistencia que la de su hermano, fue presa de un resfriado que no era ajeno a la gran fatiga de la jornada. Se fue a la cama, pasó una mala noche y en la mañana presentó todos los síntomas de una pleuresía.

La enfermedad progresó rápidamente. Todo su entorno fue asediado por tristes presentimientos. Solo Eng no dudaba del acontecimiento siniestro que se preparaba. La situación había empeorado el cuarto día. La opresión había aumentado y la fiebre era más alta. Por último, murió en la noche del 17 de enero de 1874, sin que su hermano lo percibiera y sin que esta catástrofe hubiera interrumpido su sueño.

De madrugada, uno de los hijos entró en la habitación, se acercó al enfermo y notó que ya no respiraba. Comprendiendo que el desenlace había llegado, despertó a Eng, quien al ver el cadáver de su hermano gritó angustiado: ¡estoy perdido!

Y entró en una violenta agitación, su cerebro se turbó, pronunciaba palabras incoherentes que dieron paso al delirio y la agonía. Después de algunas horas, la muerte llegó y puso fin a esa escena donde toda la familia fue herida en sus más queridos afectos. ©



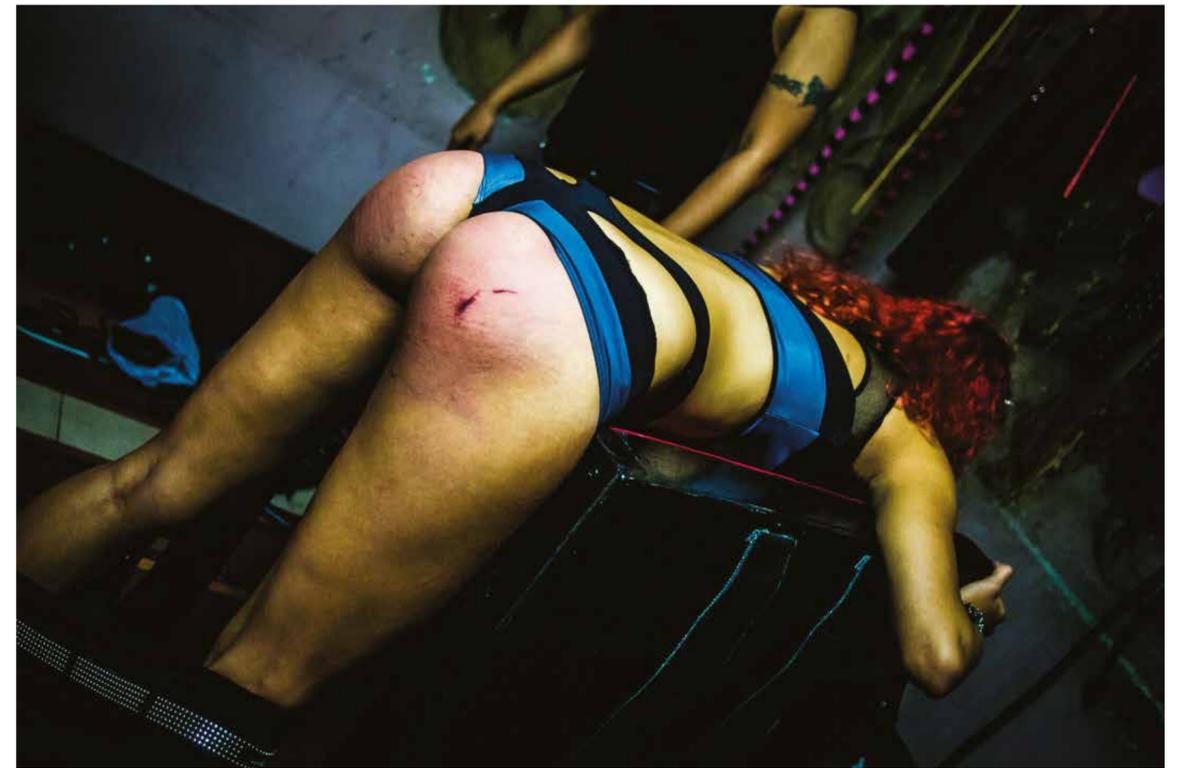
Cheng y Eng Bunker, alrededor de 1870.

B.D.S.M.

Bastardos Depravados Sin Moral / Bacanes Desenfrenados Sin Miedo

por ALFONSO BUITRAGO LONDOÑO

Fotografías: Alejandro MysterE



Cuando a un tabú se le resquebraja su coraza de misterio, busca desesperadamente intrincarse de nuevo, enroscarse sobre sus propios recovecos esclarecidos para seguir subsistiendo y ofreciendo una fuente inagotable de fantasías, culpas y conflictos. En él actúan las mismas fuerzas que el sociólogo estadounidense Geoffrey Gorer atribuyera a las fantasías: "Ningún tipo de fantasía puede tener un desarrollo real, una vez el protagonista ha hecho algo, debe proceder a hacer algo más, más refinado, más complicado o más sensacional que lo que ha ocurrido antes".

A medida que el acceso a la pornografía fue despojando al tabú del sexo de la rareza e indecencia de muchas de sus prácticas –nadie se escandaliza ya con una mamada, un *cunnilingus* o una orgía–, la prohibición y la censura fueron concentrándose en personas consideradas perversas y en prácticas cada vez más "refinadas", "complicadas" o "sensacionales".

Y a veces al tabú, revitalizado, le gusta salir a alborotarse. La vez que lo vi más animado me produjo una piquiña tal que tuvieron que anestesiarme para que se me pasara. Fue en la primera fiesta 24/7 de la comunidad BDSM de Medellín, llevada a cabo en el Palacio

Egipcio el 26 de julio de 2014, año del bicentenario de la muerte del más noble transgresor de tabús, Donatien Alphonse François, Marqués de Sade.

Las siglas, también, son cada vez más complicadas. BDSM da cuenta de un grupo de prácticas y fantasías relacionadas con el intercambio de poder erótico y sexual que caben en tres pares de palabras en inglés de fácil traducción: *Bondage/Discipline, Dominance/Submission* y *Sadism/Masochism*.

Bondage se puede traducir como "el estado de estar físicamente amarrado", las otras palabras se traducen solas. "24/7", que algunos creen que se refiere a una relación de dominación/sumisión de tiempo completo, 24 horas al día, 7 días a la semana, se refiere a la fecha, 24 de julio, escogida para celebrar el Día Internacional del BDSM.

La sigla reúne los ingredientes de un coctel erótico-perverso en el que se zambulle más gente común y corriente de la que uno pudiera imaginarse. No van por la calle exhibiendo látigos, cuerdas, collares, argollas, cadenas, corsés, mallas, como hacen otras tribus urbanas con sus indumentarias. Son cajeros, estudiantes, enfermeros, diseñadores, abogados, médicos que encuentran en el tabú una forma de satisfacer sus más elaborados y consensuados deseos y fantasías.

Una comunidad principalmente de clase media en un incipiente destape público muy al estilo *do it yourself*. Muchos de ellos confeccionan sus propios vestidos, se hacen sus máscaras, construyen sus látigos, sus potros de tortura, sus cruces de San Andrés. Las perversiones de clase alta, que también se practican desde hace mucho en la ciudad, se quedan en el exclusivo ámbito de las fiestas privadas, no sea que a algún desconocido le dé por poner en duda su alcurnia moral.

El sexo normalito y misionero perdió hace rato su poder de sublimación, de apaciguamiento de instintos para decirlo en psicoanálisis callejero. La palabra "perverso" salió del manual de trastornos mentales de la Sociedad Americana de Psiquiatría hace treinta años. En la sociedad actual, teóricamente, todas las personas tienen derecho a ser felices, incluidos los perversos. Así tengan que aprender nuevos códigos, términos y etiquetas, que van desde la forma de vestirse hasta la forma de tratarse –el BDSM tiene su propia urbanidad de Carreño y practicarle demanda disciplina y empeño–, y nuevas habilidades, como dar latigazos, embutirse en un traje de látex, convertirse en una dominatriz o someterse consentidamente a cualquier humillación que genere placer.

El Palacio Egipcio no podía servir mejor al fetiche fiestero de los bdsmers locales. Columnas, torres, esfinges; por no hablar de su aire a verdadera momia urbana, más muerto que vivo. El espacio amenazaba ruina: oscuridad, humedades, paredes despintadas. Los lugares sucios, abandonados, peligrosos, encienden con facilidad las fantasías perversas.

El organizador y anfitrión principal de la fiesta era Severina, conocido promotor de la escena *fetish* nacional, coleccionista de arte y publicaciones eróticas, y uno de los conductores de *Afronautas*, de Latina Stereo, y La Nalgada, de Erógena FM de Bogotá. Él mismo una mezcla rara de gustos, deseos y habilidades que lleva años combatiendo el tabú disfrutándolo. Es decir, sacando al BDSM de la mazmorra y disipando su aura de perversión promoviendo su práctica abierta al público.

Yo había asistido a uno de los *Kinky Munch* que Severina promovía en el Parque de los Pies Descalzos, una especie de tertulia en la que los asistentes confiesan sus deseos más íntimos, se conocen unos a otros, y hablan de las decenas de temas o parafilias que se desprenden de cada una de las letras de la sigla, casi todos en inglés: *petplay*, *spanking*, *swith*, *swinger*, *bottom*, *top*, *rigger*, *shibari*. En un lugar, otra vez, muy ajustado a las demandas fetichistas que se saborean viendo pies desnudos. Uno podría hacer una guía local fetichista, que incluya un hospital mental, un convento, una carnicería y ofrecer de remate un *munch*, la tertulia más exótica que yo haya conocido.

Allí me enteré de los gustos y preferencias de una docena de practicantes, vi por primera vez el rostro dulce de la sumisa Calamarda; Kanella me contó que al descubrir su vocación de dominatrix se separó de su esposo; Bárbara y Gozo Vital había descubierto una tena sobria: las cuerdas los unían; Lord Calígula, un peruano con mucha fama entre ellos, despertaba cierta reverencia

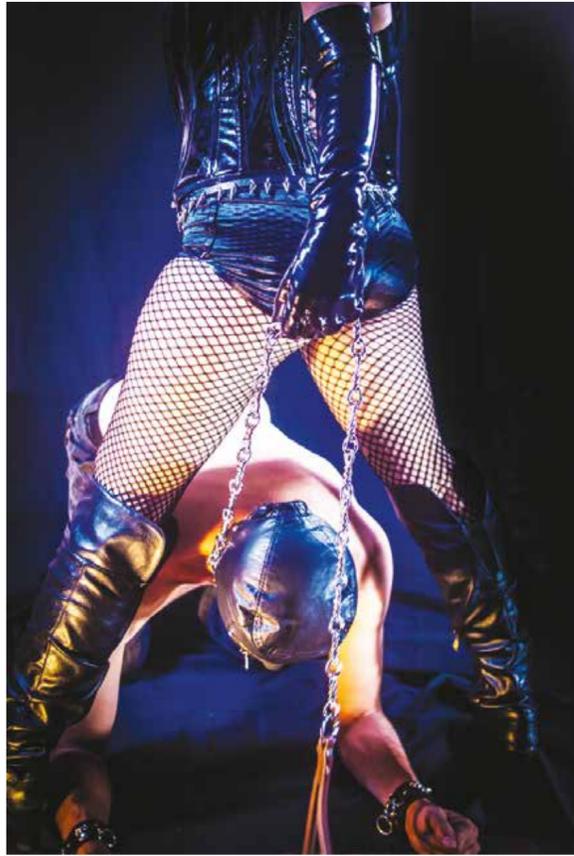
por ser un practicante extremo: usaba herramientas de tortura, agujas, instrumental quirúrgico, y tenía una mazmorra en su casa a la que llamaba La Terraza del Divino Marqués.

Visité a Gozo y a Bárbara en su pequeño apartamento, donde él había acondicionado una barra colgada del techo para hacer suspensiones y ella diseñaba lencería, accesorios, máscaras. Bárbara sabía tejer y descubrió que con las cuerdas, siguiendo el arte japonés del *shibari*, podía vestirse. Gozo sabía hacer nudos como nadie en el grupo y conocía en detalle los tipos, materiales, usos y resistencias de cuanta cuerda, cabuya, pita, lazo o piola había en el mercado, y descubrió que amarrar mujeres con ellos le producía tanto o más placer que hacer rapel o escalar edificios. Un nudo simplemente lleva a otro nudo. Él la amarraba para verla colgada, ella se dejaba amarrar para vestirse con cuerdas. Solo tenían un problema: a los dos les gustaba dominar.

La clave del BDSM es ejercer dominación sobre quien disfruta y quiere ser sometido. En teoría, no hay placer en forzar a alguien a renunciar a su voluntad ni en sentirse obligado a hacerlo. Ver a Gozo y a Bárbara practicar desorientaba: ¿quién dominaba a quién?, ¿el que amarraba para poseer o la que se vestía para ser poseída? Mientras se definían, habían decidido dar talleres de *Bondage* en su casa. Al parecer había gente dispuesta a pagar para que le enseñaran a amarrar o para que la amarraran.

A pocos días de la fiesta en el Palacio Egipcio, me invitaron a un *Bondage picnic* en el cerro El Volador, una lugar más para la guía. La idea era practicar, cogerse confianza, preparar alguna actividad para exhibir en la fiesta 24/7. Hicimos sánduches y compramos gaseosa y mecatto. Gozo empacó su costalado de cuerdas y Bárbara y un par de amigas se ajustaron bien sus calzones antes de salir.

En la cima, en un lugar poco concurrido, encontramos un árbol con buena sombra y una torre de energía de la



que se podían hacer suspensiones. Alrededor, familias haciendo deporte y paseando sus perros, y bajo el árbol, la charla comunitaria de una decena de practicantes: que a mí me gusta dominar y estoy practicando con el *flogger*, que yo soy sumisa pero en mi casa nadie sabe, que en Facebook censuran las fotos y por eso es mejor usar FetLife —a social network for BDSM, fetish and kinky community.

Gozo empezó a hacer nudos y a lanzar cuerdas a través de la estructura metálica de la torre como si tirara las redes eléctricas que pronto estremecerían unos cuantos cuerpos, dejándolos sin ropa, con la carne apretada, balanceándose en el aire fresco de una tarde de domingo y con la vista al fondo de una Medellín indiferente.

Hasta ese momento yo era un simple asistente con la curiosidad pervertida. Un par de años atrás había publicado la historia de una colombiana que terminó trabajando como camarógrafa y editora de videos en el San Francisco Armory (USA), sede de kink.com, el santuario más perverso de la pornografía fetichista y bdsm. Peter Ackworth, el dueño de kink.com, un multimillonario inglés experto en ataduras sueña con que un día se vendan látigos, collares de sumisión y objetos fetichistas en los supermercados, y en los alrededores del Armory cada año se lleva a cabo el Folsom Street Fair, *the world's biggest leather event*, al que asisten unos 400 mil *fetish enthusiasts*. Conocer de primera mano la dimensión *kinky*, que se puede traducir como "pervertida", a la que el tabú del sexo había llegado, fue un latigazo que me dejó una marca permanente.

Más tarde, pasado el ardor y el deslumbramiento iniciales, quise saber si en Medellín existía aunque fuera un conato de una escena similar y así encontré a Severina. Y a la escena, por usar una imagen poco entusiasta, en pañales, pero "vivita y coleando la muy vergaja", como dice el epílogo de *Vergajo N.I.*, un fanzine editado por Severina y sus amigos a propósito de la fiesta del Palacio Egipcio:

"Festivales, *Munchs*, *PlayParties* son solo la punta del iceberg de una sensibilidad erótica que ha sabido reconocerse y crear sus espacios propios en Colombia", escribieron en aquella ocasión.

Mi primera impresión del BDSM, heredada de kink.com, era como la idea de la guerra de Vietnam que puede tener alguien que solo ha visto películas de Chuck Norris o de Sylvester Stallone. Mi tropezón con la realidad local estuvo propiciado por las torpezas de los principiantes, la alegría de un descubrimiento nuevo, los cuerpos tallados por las cuerdas, como si tuvieran estrías sobre las estrías, las barrigas orgullosas posando de sexis, los rostros mestizos, con cara de yo no fui; en el fondo, era como contemplar la inocencia y la malicia de una pandilla de niños que descubre un juguete con el que puede hacer daño sin herir a nadie.

El BDSM es una delirante contradicción. En tiempos en que la libertad y la igualdad son valores superiores, hay gente que fantasea y pone en práctica usos y costumbres heredados de la esclavitud, amparados en el consentimiento de las partes —en lo que se conoce con la sigla SSC: Seguro, Sensato y Consensuado.

Llegué al Palacio Egipcio temprano, cuando apenas estaban terminando de montar la escenografía de la fiesta. El lugar era la ruina de un faro local, el óptico Fernando Estrada, fundador de la óptica Santa Lucía, que se lo encargó al arquitecto Nel Rodríguez y lo mandó construir en el barrio Prado en 1932. Para ingresar era necesario cumplir con un estricto *dress code* —cualquier vestimenta en clave fetichista o "kinkinesca", como dicen los redactores de *Vergajo*—, del que yo, por ser un novelero profesional, estaba excluido. Me fui con la ropa de estar por la calle, camiseta, bluyín y tenis, también para evitar tentaciones al estilo del periodismo *gonzo*. No tenía interés en probar fustas ni en dejarme suspender ni en convertirme en un sumiso por un rato. Mirar, mirar, mirar, lo mío era voyerismo.



Severina, en la parte trasera del patio central, rodeado por columnas con forma de papiros enrollados, organizaba las bebidas que se ofrecerían en la barra; Gozo montaba el andamiaje necesario para sus suspensiones sobre una tarima en el centro del patio; en una de las habitaciones, Daniel Tapias, enviado de la tienda erótica Sexo Sentido, acomodaba dildos, vibradores y máscaras de la línea fetichista de la empresa; en otra, el fotógrafo *Mystère* desempacaba luces y lentes; y Lord Calígula, en una habitación clausurada con un precinto con la señal de peligro, ajustaba una camilla de hospital donde más tarde haría parir de dolor a su sumisa.

Los preliminares de la fiesta se parecían al agite que se vive en un camerino antes de un show de cabaret o de burlesque. Muchos de los asistentes, que no llegarían a ser más de cincuenta personas, se cambiaban y ajustaban sus pintas en cualquier esquina donde pudieran sentarse. Corsés, mallas, vestidos de cuero, interiores con encajes, botas militares, cobraban vida en los cuerpos de los asistentes. Había risas, miradas, susurros, bromas subidas de tono, y cierto nerviosismo parecido al que se siente cuando uno se va a acostar con alguien la primera vez.

Los personajes fueron apareciendo en escena, Jimmy Botas, famoso por su afición al cuero, con botas hasta los muslos, tanga y un arnés de cuero en el pecho; la condesa Bastet, la diosa egipcia de la armonía, de piel muy blanca, balanceadamente gótica: con botas de cuero, medias de malla, pantaloncito corto, correa, corpiño y collar con taches, corsé, guantes hasta los codos y un kenis de

policía estilo gringo, arrastraba asido a una cadena a un hombre semidesnudo, enmascarado, que gateaba sobre el piso del palacio. A punto de iniciar el espectáculo, reconocí a un estudiante a quien le había dado clase en la universidad. Su fantasía era ser secuestrado, torturado y humillado, y el tabú alborotado estaba dispuesto a complacerlo. Una fiesta 24/7 se parece a un *performance* colectivo y espontáneo sin inhibiciones.

Gozo le aplicó una sesión de *Bondage* con un lazo azul a un oso de peluche café y lo amarró en el centro de la barra de suspensión, luego encendió unos velones en la base de la tarima y el palacio de repente parecía el escenario de una película de terror. Yo me sentía como alguien con saco y corbata en un concierto punk. Me quité la camiseta y le pedí a Gozo que me hiciera un *shibari*, algo rápido y sencillo. Él, complacido, tomó una cabuya y empezó a enlazarle el pecho, como si quisiera sacarme tetas, bajó trenzando nudos por el medio de mi abdomen y me amarró un arnés en la cadera y por entre las piernas que me dejaron las pelotas bien ajustadas, como dispuestas para una castración. Metía sus poderosos dedos de *rigger* por entre las cuerdas para pulir y acomodar los nudos, y yo sentía como si me estuviera metiendo unas cuñas. "Amarrarse es liberarse. Ser consiente del propio cuerpo", me decía y me levantaba del arnés como si me fuera a lanzar de un puente. Él era un rescatasta experto y yo confiaba en que cualquiera fuera mi zambullida esa noche, él me rescataría. Aunque tuviera que sacarme arrastrado de aquel palacio egipcio en algún sarcófago.

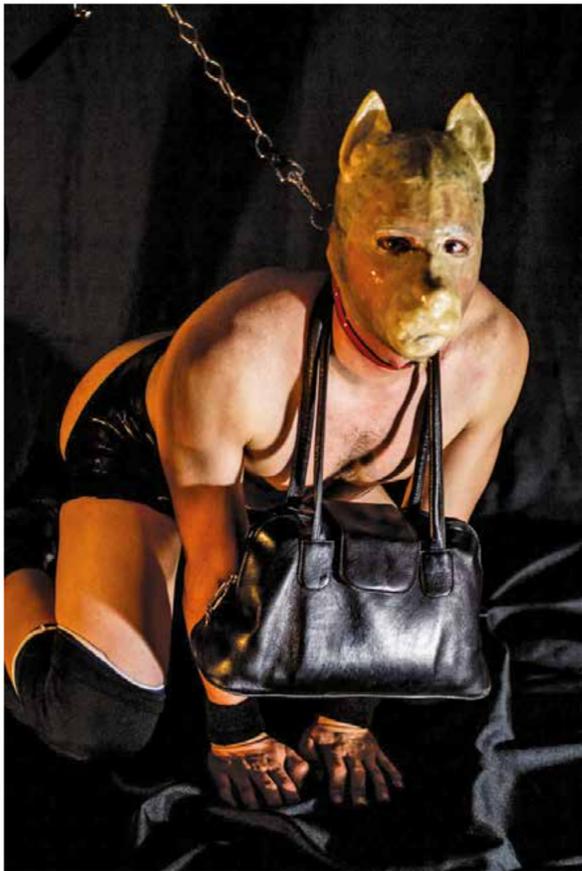
El nerviosismo entonces se me convirtió en piquiña. Los pelos de la cabuya habían despertado en mí una sensación nada cercana al placer. Kanella, Bárbara y otras asistentes me miraban con curiosidad. Que cómo me sentía, me preguntaban. "No sé, todo me pica", les decía cada vez más incómodo. "Venga que nosotras lo contemplamos", dijo Kanella, y con un hielo empezó a sobarme el pecho. Lo mismo hicieron las demás, en la espalda, alrededor del ombligo. Se me pararon los pezones y la piel se me erizó a más leve contacto. Afortunadamente tenía la virilidad bien amarrada, como si le hubieran puesto un bozal.

Anestesiado por el hielo sobreviví a la ráfaga de latigazos, amarres, suspensiones, cera caliente, pinchazos de agujas, descargas eléctricas que se desataron en el palacio en las horas siguientes. El cielo, como si llorara de placer, dejó caer su humedad a chorros. No llovía, era un *squirting* atmosférico. Las gotas atravesaban el techo del patio como si el palacio se hubiera puesto una malla transparente. Algunas habitaciones se quedaron sin luz, la barra se inundó. Pero a nadie parecía importarle. Nada se detuvo.

Gozo siguió haciendo amarres, adornando corsés e inmovilizando a hombres en calzoncillos de cuero. La condesa Bastet, como si fuera la anfitriona en su palacio, paseaba a su sabueso dando rondas por las habitaciones. Mi alumno yacía amarrado a una silla plástica, vendado y amordazado, suspendido de una horqueta hecha con palos de guadua entre dos columnas jeroglíficas. Jimmy Botas lo insultaba y lo acariciaba. El secuestrado, a veces incómodo, soportaba las consecuencias de su fantasía.

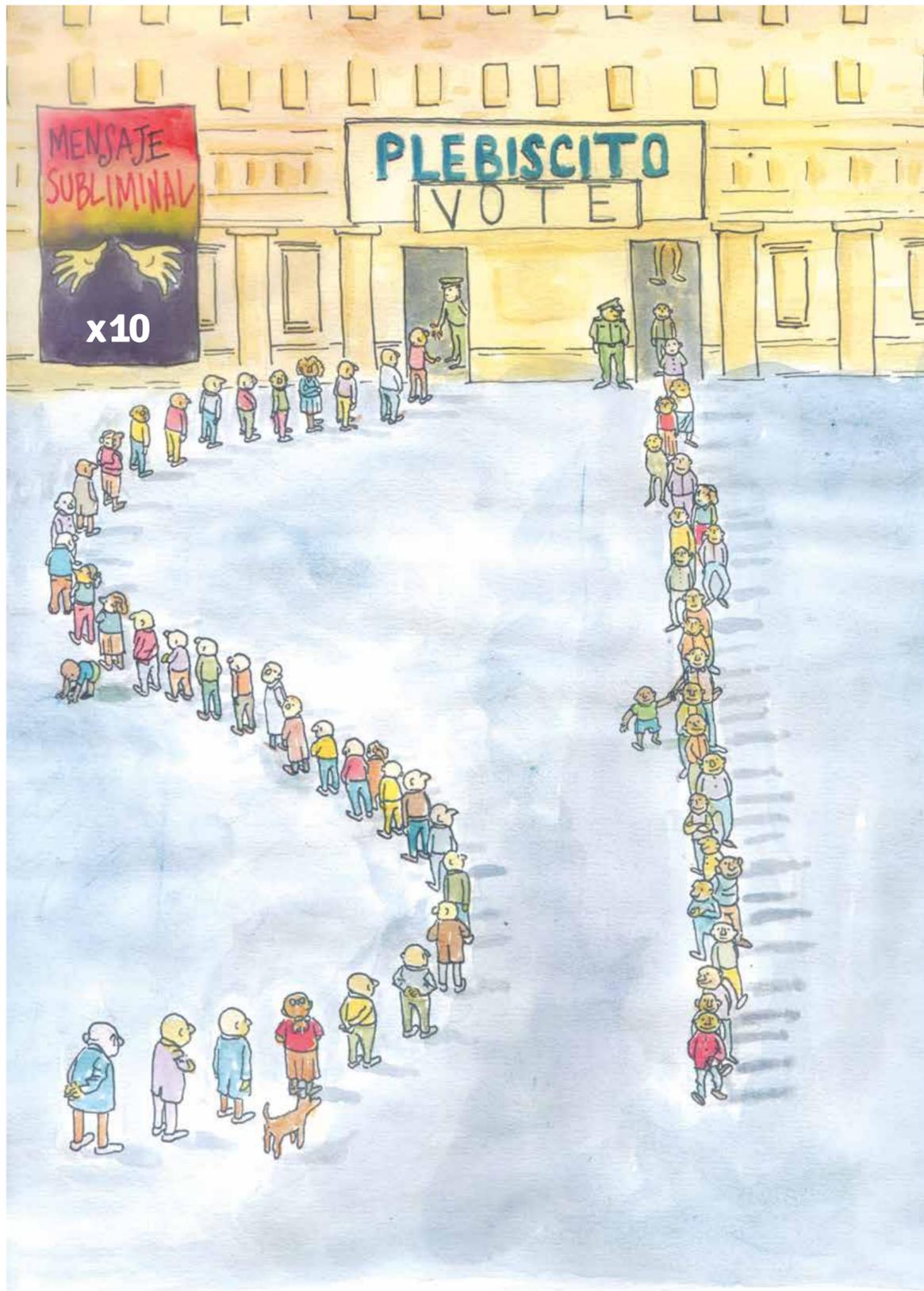
Yo caminaba como un sonámbulo, viendo escenas que eran como los flashes de una pesadilla que no daba miedo: nalgas enrojecidas, espaldas laceradas, como si una horda de padres enfurecidos hubiera entrado a destruir Sodoma y Gomorra a punta de chancleta y correa; hombres gateando con máscaras con forma de animales, a algunos sus dominatrices los convertían en sillas y en mesitas de noche. A veces, como si yo mismo quisiera profanar el tabú, me brincaba el precinto de la habitación de Lord Calígula y entraba para verlo aplicar descargas eléctricas en la entrepierna de su sumisa Didi, una morena gigante que apenas cabía en la camilla.

Tanto exceso de lubricación y humedad apelmazadas me daban sed y entonces iba a la barra a pedirle un trago a Severina. Creo que yo era el único en la fiesta que además de anestesia necesitaba licor. El licor, no sobra decirlo, es un invitado más bien antipático en las fiestas kinkinescas. El sexo tampoco es protagonista en estos eventos públicos. Nada parecido a la imaginación bíblica de una orgía de sodomitas. Afortunadamente la sobriedad gobierna el espíritu de un placer que transita en contravía. Gente seria y precavida (Bienintencionada, Disciplinada, Sana y Maldita). No me imagino una manada de borrachos lujuriosos, como yo empezaba a estarlo, con semejanza arsenal a su disposición. Llegó la madrugada y más tarde desperté en una habitación de la casa de mi madre, con la memoria aporreada, y un arrume de ropa mojada envuelta en una cabuya y tirada en el piso. Estaba trabajando, madre, y extravié el camino de mi hogar. ☹



Patricia Fuenmayor
Asesora en seguros
Tel. 321640 2928 - 260 2300
patfuenmayor@hotmail.com

CURSOS DE CAFÉ Y BARISTA
INDIVIDUALES - PERSONALIZADOS
Asesorías - Cafés - Aperturas tiendas de Café
☎ 316 668 11 82
maxicafemedellin@gmail.com
Maxi café - Cursos Asesorías Eventos - Medellín
color indigo
Diseño Gráfico - Imagen - Publicidad
Diseñado por
www.color-indigo.com



parque
explora

HABLAR CON EL ENEMIGO

Y OTROS EVENTOS EN FIESTA DEL LIBRO Y EXPLORA

VIERNES 9 - 7:00 p.m.
TIEMPO. LA DERROTA DE LOS MINUTOS
 ¿Realidad inexorable o ilusión persistente?
 Invitado: José María Martín Senovilla \\\

DOMINGO 11 - 3:00 p.m.
RAYOS EN EL TRÓPICO
 Banquetes para las plantas y coléricos mensajeros
 Invitado: Horacio Torres Sánchez \\\

LUNES 12 - 7:00 p.m.
EN LA MAÑANA ESCRIBIR, EN LA TARDE EDITAR
 Eloísa Cartonera y el lado B de la literatura
 Invitado: Santiago Vega \\\

MARTES 13 - 3:00 p.m.
EL TEDIO COMBUSTIBLE
 La escuela del siglo XXI
 Invitado: Alfredo Hernando
 Apoya: Telefónica \\\

MARTES 13 - 7:00 p.m.
ATADOS
 Agroecología y biodiversidad
 Invitada: Inge Ambrecht \\\

MIÉRCOLES 14 - 7:00 p.m.
HABLAR CON EL ENEMIGO
 13 líderes de transiciones democráticas
 Invitados: Abraham Lowenthal
 e Iván Marulanda (moderador) \\\

www.parqueexplora.org

EN ASOCIO CON





cinéfagos.net 10 años

cine colombiano, crítica de cine, cómics, artes electrónicas,
artículos y ensayos, cuentos de cine, documentos

 /cinefagos.net
  @cinefagosnet



NUEVOS
MUNDOS.

FIESTA DEL LIBRO Y LA CULTURA



SEPTIEMBRE 9 AL 18
Zona Norte. Medellín

Entrada libre

www.fiestadellibroylacultura.com

f t c #FiestaLibro



EN ASOCIO CON

Fundación
Taller de Letras
Jordi Serra i Fabra

Alcaldía de Medellín
Cuenta con vos